



La amada inmóvil

Versos a una muerta

Amado Nervo

*MYTIL, buscando dans le gazon. Où sont-ils les morts?
TYLTYL, buscando de même.- Il n'y a pas de morts.*

MAETERLINCK, L'oiseau blue (IV)

Je t'aimerai au delà de la vie!

LACORDAIRE

...Si quid mea carmina possunt,

Nulla dies un-quam memori vos eximet aevo.

VIRGILIO, Eneida, 433-4344

Oh, Tierra madre: sé leve para ella.

Ha pesado tan poco sobre ti.

MELEAGRO

En memoria de Ana

encontrada en el camino de la vida
el 31 de agosto de 1901.
Perdida -¿para siempre?-
el 7 de enero de 1912.

Ofertorio

Deus dedid, Deus abstulit.

Dios mío, yo te ofrezco mi dolor.

¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!

Tú me diste un amor, un solo amor,

¡un gran amor!

Me lo robó la muerte

...y no me queda más que mi dolor.

Acéptalo, Señor:

¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!...

Pensamientos afines

Yo no soy más que una arcilla sin valor... pero viví algún tiempo con la rosa.

SAADI

Un esprit vêtu de noir guide nos pas: c'est la Douleur!

LEON DENIS

Noir chevalier masqué qui chevauche en silence,

La Douleur a percé mon vieux cœur de sa lance.

PAUL VERLAINE⁸

Il faut s'habituer à tout dans la vie: même à l'Éternité.

G. LEROUX⁹

Todos los hombres desean únicamente librarse de la muerte; pero no saben librarse de la vida.

LAO-TSE, TAO-TE-KING¹⁰

Somos tan pequeños como nuestra dicha... sí, pero somos tan grandes como nuestro dolor.

HEBBEL

La mort a des rigueurs à nulle autre pareilles

On a beau la prier,

la cruelle qu'elle est se bouche les oreilles

et nous laisse crier.

MALHERBE

Nous sommes plongés dans un invisible milieu spirituel, d'où une aide nous vient, notre âme ne faisant mystérieusement qu'un avec une âme plus grande dont nous sommes les Instruments.

(La Philosophie de l'expérience. Traducción francesa de W. James, Biblioteca Alcan, 1909)13

I

Creí que Serenidad¹⁴ sería mi último libro de versos, y así lo afirmé a un amigo. Esta afirmación me perdió, porque la vida no gusta de que le tracen caminos, y el arcano burla los propósitos de los hombres. He vuelto, pues, a componer poemas. Un nuevo dolor, el más formidable de mi vida, los ha dictado, y sollozo a sollozo, lágrima a lágrima, formaron al fin el collar de obsidiana de estas rimas, que cronológicamente siguen a las de Serenidad.

¡Serenidad! Pensé que en la madurez de la vida iba a llegar a esa altiplanicie desde la cual dominamos los acontecimientos, vemos pasar la caravana de trivialidades y miserias terrestres y sonreímos piadosamente «del Circo de las Civilizaciones»¹⁵. Pensé que si hasta entonces mi vida había sido conturbada e inquieta, el hondo deseo de ser sereno y el tesón en expresarlo acabarían por serenarme de veras, haciéndome adquirir por fin el más precioso de los dones que he ansiado en la turbulencia y la amargura de mis días: la Ecuanimidad.

Complacíame en el viejo símil de la montaña: arriba, nieve, el inmutable firmamento sin límites; abajo, nubes, tormentas, ciclones, torrentes bravíos, árboles desgajados...

¡Pobre superhombre! La mano de Dios se abatió sobre mí, y en un instante el alma himalayaesca, cobijada por el azul, no fue más que un pobre guiñapo sangriento, convulso y sollozante.

Tenía yo un cariño, uno solo, ornamento de mi soledad, alivio de mi melancolía, flor de mi heredad modesta, dignidad de mi retiro, lamparita santa y dulce de mis tinieblas, y en unos cuantos días, ante mis ojos despavoridos, ante mi amor estupefacto, se me fue de la vida, dejándome de tal manera atónito frente a la realidad, que necesito cogerme la cabeza entre las manos febriles y apretármela como entre dos tenazas para convencerme de que es verdad lo que sé, lo que pienso, lo que me pasa; que no se trata de una

macabra prestidigitación, de un espantoso escamoteo, y de que todo lo que amé se ha desvanecido de veras y se ha vuelto fantasma.

II

Páginas escritas en los últimos días de enero y primeros días de febrero de 1912.

Va a hacer un mes, un mes solamente, y, sin embargo, en esos treinta días, en esos treinta relámpagos, he llorado más lágrimas que estrellas visibles tiene la noche.

Va a hacer un mes, y en esos treinta relámpagos he acumulado tal cantidad de dolor, que me parece que todos mis males pasados y que todos mis males posibles se dieron cita para invadir y llenar mi espíritu, a fin de que no quedase en él un solo hueco que no fuese angustia.

Va a hacer un mes que, a las doce y cuarto del día, se extinguió blandamente Ana Cecilia Luisa Dailliez, mujer excepcional por su gracia, su bondad y la persistencia extraordinaria de su ternura, a quien conocí en París en una noche en que mi alma estaba muy sola y muy triste, la noche del 31 de agosto de 1901, y con quien viví desde entonces en la más cordial y noble de las compañías hasta el 7 de enero de 1912, en que murió en mis brazos.

Esta muerte ha sido la amputación más dolorosa de mí mismo. Un hacha invisible me ha dado un hachazo en mitad del corazón. Los dos pedazos de la entraña quedaron allí trémulos, entre borbotones de sangre. Luego uno de ellos fue arrebatado por el brazo omnipotente de la muerte, y el otro, el otro, mísero, siguió latiendo, latiendo... La tremenda rudeza del golpe no pudo apagar el ritmo de la vida... Siguió latiendo, sí, la triste entraña mutilada; siguió latiendo entre los coágulos oscuros, y late todavía.

Veintiún días duró la enfermedad de Ana; veintiún días que fueron necesarios para poder clavarme en la conciencia la convicción de que iba a morir. Esta convicción era de tal suerte desmesurada para mis fuerzas, que hoy mismo, a pesar de todas las evidencias, me rebelo a veces contra ella, y entonces a mi soledad se une la más impotente de las desesperaciones.

El domingo, 17 de diciembre, la dulce y adorable compañerita de mi vida volvió a casa herida ya por el terrible bacilo de la fiebre tifoidea. El lunes empezó a sentirse mal; el jueves, 21, se encamó definitivamente y comenzó su calvario hasta el 3 de enero, en que, perdida la lucidez, fue cayendo, apaciblemente recostada sobre el almohadón blandísimo de la inconsciencia, en el seno insondable de la muerte.

Yo la velé todas las noches, con excepción de algunos ratos de imprescindible pero inquieto reposo, que quizá no sumaron en las veintiuna jornadas el espacio de diez horas. Mis días se pasaban en la obscuridad de la alcoba, al lado del lecho, espionando su respiración, aguzando mis ojos para ver los suyos, entrecerrados apenas o abiertos en la sombra. Esta perenne y angustiosa vigilia sólo alternaba con un tormento indecible: el de ir tarde por tarde a mis quehaceres, a despachar, imprescindiblemente, los múltiples asuntos de mi incumbencia.

Como aquel nuestro cariño inmenso no estaba sancionado por ninguna ley; como ningún sacerdote nos había recitado maquinalmente, uniendo nuestras manos, algunas frases latinas; como ningún juez civil nos había gangueado algunos artículos del Código, no teníamos el derecho de amarnos a la luz del día, y nos habíamos amado en la penumbra de un siglo y de una intimidad tales, que casi nadie en el mundo sabía nuestro secreto. Aparentemente yo vivía solo, y muy raro debió de ser el amigo cuya perspicacia adivinara, al visitarme, que allí, a dos pasos de él, latía por mí, por mí solo, el corazón más noble, más desinteresado y más afectuoso de la tierra.

Pocas veces, muy pocas, salíamos juntos, evitando las arterias febriles de las metrópolis, donde mi relativa popularidad podía prepararme sorpresas. En cambio, en ciertos viajes nos desquitábamos ampliamente, y, brazo con brazo, enredadas las diestras con una ternura que tenía mucho de fraternal, nos dedicábamos a ese flaneo¹⁶ deleitable de París, de Londres, de Bruselas, buscando el bibelot¹⁷ gracioso, deteniéndonos ante el deslumbramiento de los escaparates, refugiándonos en los íntimos y perfumados rincones de los restaurantes, donde los gourmets de buena cepa, como nosotros, compensaban tantas acritudes de la vida...

Pero tal persistente secreto fue mi tortura persistente también, y en los días de la enfermedad de mi Ana esta tortura llegó a su máximo. A las tres de la tarde, a las tres y media a lo sumo, era preciso dejar a la idolatrada enferma y partir. Eran días aquellos de un trabajo incesante. Tenía yo entre manos innumerables asuntos diversos. Acudían, además, las visitas a todas horas. Y mientras el amor de mis amores se agitaba presa de la fiebre en su lecho, yo, a tres kilómetros de mi casa, hacía sumas, multiplicaciones y divisiones, redactaba notas, sonreía a los diversos visitantes, respondía a consultas de toda índole e inventaba todos los días una nueva mentira para escapar a las invitaciones, para despistar la curiosidad en acecho de los íntimos, sustraerme a su torturadora compañía, y correr, volar entre la multitud atareada, entre el enmadejamiento de tranvías y automóviles, a mi habitación, subir con ansias de muerte las escaleras, llamar directamente para que el sonido brusco de la campanilla no alarmase a mi doliente idolatrada, y preguntar con voz temblorosa a quien me abría:

-¿Cómo sigue? ¿Cómo sigue?

Si debe creerse que nuestra existencia es una expiación de yerros anteriores, sabe Dios que yo expié en esas horas muchas faltas de otras vidas, o de esta mi pobre vida incoherente y mediocre, en la que ni siquiera ha habido un gran pecado, porque su magnitud no rimaba con mi alma, tipo aun de evoluciones intermedias.

Por fin, un día ya fue imposible el fingimiento, y, a pesar de que mi enfermita me insinuaba: «No le digas nada, mon mignon... ¡Para qué!», yo dejé caer, en manos de mi «superior inmediato» (los diplomáticos, ¡ay!, no somos más que unos animales jerárquicos) mi ingenuo secreto de tantos años, para tener el derecho de escapar de la Cancillería en cuanto lo esencial había terminado, y de estar una hora antes a la cabecera del alma de mi alma, que se me moría!

III

Una noche en que su sufrimiento era muy intenso y en que, abandonados, al parecer, de Dios y de los hombres, yo sollozaba al borde del lecho, mientras ella se retorció de angustia, le dije, aprovechando la pequeña tregua de su alivio: «Rica mía, óyeme: es preciso que tengas la voluntad de vivir. Hazte una resolución poderosa. Di: "¡Quiero vivir, quiero vivir!"» (Je veux vivre!). Me acordaba quizá de la frase de lord Bacon de Verulam, citada por Edgardo Poe: «El hombre no se rinde ni a los ángeles ni a la muerte, sino por el achaque de su propia voluntad»¹⁸.

La pobrecita mía me respondió: «Oui, mon mignon, oui...»¹⁹. Pero ¡todo en vano! Dios había hecho ya un signo a la muerte, y el ser más amado de mi existencia, el gran cariño de más de diez años, se me hundía, ¡se me hundía irrevocablemente en la eternidad!

La perspectiva de su muerte había despertado siempre en mí un pánico tal, que en estos dos lustros, yo, que a pesar de todo he permanecido espiritualista; yo, que desligado de fórmulas y recetas religiosas he amado a Dios ya Cristo en espíritu y en

verdad, casi no tuve en la mente más que esta oración, vuelta ya a modo de jaculatoria: «¡Señor, haz que muera yo antes que ella!».

Y con tal fervor la había repetido, que estaba seguro de haber sido escuchado. Así, pues, mi desorientación, a medida que la gravedad se extremaba, era inmensa. Más de tres veces se leen en el Evangelio estas palabras de Jesús: «En verdad, en verdad os digo que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre os será concedido». Y cuando mi perpetua súplica salía de mi corazón, tenía yo cuidado de añadir: «Te lo pido, Señor, en nombre de Cristo, que nos dijo: "Todo lo que pidieréis al Padre, etc."».

En los últimos días, mi oración se iba volviendo imperiosa. ¡Creía yo tener el derecho de que se me oyese! Se trataba de la promesa del ser más puro, más luminoso y más grande que había pasado por la tierra. Era asunto de dignidad divina. Dios no podía dejar de cumplir la palabra del espíritu que más le ha amado y se le ha acercado más en la sucesión de los siglos: «En verdad os digo que todo lo que pidieréis al Padre, en mi nombre, os será concedido».

¡Y no fue así!

Nadie ha orado con más fervor que yo, y nadie quizá, en diez años, ha recordado con tal energía a la Causa de las causas la promesa del Hijo del Hombre.

La última noche de mi Anita, mi jaculatoria y la exigencia de la promesa que hay en ella fueron de una exasperación bronca, violenta. Me encaraba yo locamente con lo Desconocido y le exigía que hiciese honor al compromiso de Cristo.

Uno de los médicos de cabecera, llamado violentamente a eso de las ocho, me había dicho: C'est fini, y después: «Pero vamos a rendir la jornada de la muerte. Vamos a hacerle vivir artificialmente ocho o diez horas, a fin de ver si la naturaleza se aprovecha de ellas, intenta un nuevo esfuerzo y la salva. Sólo que -había añadido- no abrigue usted esperanzas... Son tan lejanas, tan lejanas...».

Yo acepté; ¡qué había de hacer! Sabía, por otra parte, que las inyecciones no iban a hacerla sufrir, gracias a su bendita inconsciencia de tres días.

Y se le inyectó aceite alcanforado, cafeína, ¡qué sé yo! Y se le dio café negro con esencia de canela y de clavo, y se la galvanizó así en modo tal, que debiendo morir a las nueve de la noche, a juzgar por su aplanamiento, murió al día siguiente, a las doce y cuarto del día. Y durante esas horas, en que a cada inyección sucedía una resurrección momentánea, como aquellas del horrible cuento de Poe, yo, atrozmente balanceado entre el desaliento y la esperanza, no cesaba de clamar de alma a alma, de la mía, mísera y mezquina, al alma eterna de Dios:

-Señor, te lo ruego en nombre de Cristo, que nos dijo: «En verdad, en verdad, todo lo que pidieréis al Padre, en mi nombre, os será concedido».

IV

Tres o cuatro días antes de sentirse enferma, mi adorada tuvo un presentimiento, raro en su carácter. «Esta tarde -me dijo-, al volver a casa, se me ocurrió de pronto que debía indicarte una cosa. Si me muero, en el tercer cajón de mi cómoda, en una cajita circular, está la llave de mi "secrétaire", en el cual se hallan mis papeles. No sé por qué se me ocurrió esto, y pensé: Toma, ¡si se lo dijese a Amado!».

Yo sentí una como onda de hielo en el corazón..., pero, no queriendo dar consistencia a su idea, le respondí: «Yo también te recuerdo que en el mueble tal, en el cajón que tú sabes, está mi testamento». Como de ordinario, cuando hacía yo alusión a mi muerte, ella exclamó exaltada: «Por Dios, no hablemos de esto».

Y ya no hablamos más aquel día.

Pero, a pesar de la oleada de hielo en las entrañas, pensé que nada debía yo temer, que el hombre que perennemente había orado para que se le concediese morir antes que ella no podía morir después. Y las palabras mágicas, la promesa de Jesús, me invadió el alma con su certidumbre consoladora:

-En verdad, en verdad os digo que todo lo que pidiereis al Padre, en mi nombre, os será concedido.

* * *

¿Inutilidad de la plegaria? ¡Sí, inutilidad de la plegaria! ¡Oh! almas que aun creéis, como cree aún mi alma: la plegaria es nula e indica una concepción infantil, y hasta ofensiva, del principio eterno que nos rige.

Pues qué, ¿esa inteligencia infinitamente lúcida, previsor, lógica, para la cual no existe limitación ninguna de espacio y de tiempo, a quien achicamos con sólo darle nombre; ese ser inconmensurable que ha ordenado, para fines de Él solo conocidos, todos los universos, va a torcer sus designios porque un pobre espíritu conturbado de hijo, de esposo o de padre, le pide que los tuerza?

El corazón nace con una potencialidad determinada para latir, y no dará un latido más de los millones que constituyen su rendimiento vital, aunque os pongáis a verter todas vuestras lágrimas y a exhalar todas vuestras oraciones.

Lo que sucede debe suceder y está bien que así suceda. Los designios de Dios se patentizan en los hechos inevitables, y todo lo inevitable es bueno. «Un hecho tan universal como la muerte debe ser un gran beneficio» -dijo Schiller²¹-. La única plegaria posible es, por lo tanto, la que nos enseñó Jesús desde la montaña, en una tarde misteriosa de otros siglos: «¡Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo!».

Sí, la petición es inútil; pero no lo es la oración. El alma humana debe elevarse hasta una serena y constante contemplación del Arcano. La vida por excelencia es la del hombre cuyas actividades diarias se emplean en el bien y cuya mente superior, cima espiritual, está en perfecto contacto con lo invisible. Hay que orar, sí, para reunirse a lo Increado; pero es fuerza no pedir mercedes de esas que Jesús nos dijo que se nos darían por añadidura.

Fuerza es orar, sí, porque, por remota que supongamos a la inteligencia creadora, inteligencia es, alma es de la esencia misma de la nuestra, y el ímpetu y el pensamiento de un alma llegarán siempre a otra alma. No hay distancia a través de la cual dos almas no puedan tender un puente. Tendámoslo por la contemplación entre nosotros a Dios; pero jamás pidamos nada. Nuestro destino es inflexible como la mano que nos lleva a través del abismo.

V

Nuestro destino es inflexible, sí, y su inflexibilidad es el signo por excelencia de su divinidad. Un destino sesgo, poligonal, que fuese torciéndose a cada paso por efecto de nuestras plegarias, sería indigno de nuestro acatamiento y merecedor de nuestro desprecio. Dios no puede tener piedad, porque ésta supondría una regresión en la voluntad increada, algo como una rectificación, como un arrepentimiento.

Mi lógica concibe todo esto... y, sin embargo, noche a noche, llena el alma de una angustia encrespada, de un desconsuelo inconmensurable, que me roe hasta los huesos, pido a Dios que me restituya a mi Ana.

¿En qué forma puede restituírmela? Ya han pasado más de dos mil años desde que Jesús dijo a Lázaro: «Ven fuera», y exclamó de la hija de Jairo: «No está muerta, es que duerme».

No hay más que dos formas de restitución: o que ella venga a mí espiritualmente, o que yo vaya a ella por el gran camino, por el camino real de la muerte. Con respecto al primer modo, centenares de miles de hombres pretenden conversar con los muertos, penetrar en el plano astral donde viven, verlos y seguirlos en sus evoluciones.

Según ellos, los muertos nos rodean. No están ausentes, sino invisibles, como dijo Hugo... Pero nosotros, a menos de tener desarrollado ese sexto sentido de la visión subconsciente, de la evidencia, no podemos verlos... Acaso, como dice Maeterlinck, «continúan viviendo alrededor de nosotros; pero no logran, a pesar de sus esfuerzos, hacerse reconocer ni darnos una idea de su presencia, porque no tenemos el órgano necesario para percibirlos...»²². Sólo los muertos pueden ver a los muertos...

Según William T. Stead, entre los muertos hay tanto escepticismo acerca de la posibilidad de comunicar con los vivos como lo hay entre los vivos acerca de la posibilidad de comunicar con los muertos. Unos y otros comprendemos que entre ambos se extiende un mar de misterio...

Sólo que los cientos de miles de hombres de que hablaba yo antes pretenden haber franqueado ese mar en una nave mágica que se llama clarividencia, visión astral, y con timoneles enigmáticos que se llaman mediums o adeptos. El propio Stead exclama: «He visto, y por eso creo. He visto a mi hijo materializarse ante mis ojos...»²³. Y el eminente Lealcatér, basado en experimentos personales, nos afirma que la muerte no existe.

Ahora bien; a mí me ha sido hasta hoy negada toda videncia. Lo que cientos de miles de hombres pretenden haber visto yo no lo vi jamás. Y, sin embargo, aunque soy pequeño entre los pequeños, aunque constituyo un tipo de evolución media, difícil ha de ser hallar en el mundo un hombre que con más encarnizamiento haya tocado a la puerta de acero del misterio, que se endereza imponente en la montaña, en medio de la noche. El aldabón resuena en las tinieblas, con sonoridades pavorosas: ¡pero nadie me responde!

Todos los anhelos de mi vida han volado hacia el arcano. He podido ser vicioso, mediocre, malo...; pero en mi espíritu ha habido siempre un aleteo, un verberar ansioso hacia lo Desconocido. Siempre he creído en Dios, no en el Dios antropomorfo de las religiones, sino en la incomprensible causa de las causas, y ciertamente por esa fe, que si ha podido padecer eclipses, porque soy hombre no más, han sido eclipses momentáneos, yo merecería quizás que ahora, en que he perdido el único bien que tenía en la vida, la pupila interior que todos tenemos en germen se abriese y ¡por fin! mirase el más allá, el borderland²⁴ de los ingleses, el plano superfísico en que vive una vida más amplia que la mía mi muerta, mi muerta adorada, que acaso revolotea en torno mío, con la angustia de que no percibo ni sus palabras de consuelo ni sus divinos besos, impalpables!²⁵

«Extraño espectáculo -dice "Julia" en sus Cartas²⁶-. De vuestro lado, almas llenas de angustia por los muertos; del nuestro, almas llenas de tristeza porque no pueden comunicarse con los que aman... ¿Qué podríamos hacer para unir a esas personas tristes, abrumadas de pena?».

En cierta ocasión ella me dijo: «Anoche soñé que estaba muerta y que tú llorabas sin consuelo cerca de mi cadáver. Pero yo continuaba viviendo, yo me hallaba a tu lado y te decía: ¡No llores! Aquí estoy. Mírame... Sólo que tú no me mirabas y seguías llorando».

¿Será ésta, Dios mío, la maravillosa realidad presente? ¿Fue verdad su sueño? ¿Se halla a mi lado y yo no la veo, porque inexorablemente se niega a abrirse mi pupila interior?

Muerta mía, muerta mía, ¿no me ha de quedar, pues, más vehículo para comunicarme contigo que el de mi propio cuerpo, que convulsivamente se agita con mis sollozos?

¡Ven, mira con mis ojos la soledad infinitamente hosca de mi vida! Gusta con mi boca la salsedumbre de mis lágrimas. Haz el bien con mis pobres manos que se enclavijan o agitan en las tinieblas. Marcha con mis pies, en pos de todas las desgracias, para socorrerlas; conmuevete con mi corazón de todos los dolores humanos; logra que mi vida sea una continuación de la tuya... No te estorbará mi espíritu para infundir el tuyo en mi cerebro. ¿No eres por ventura más yo que yo mismo? ¡Realizaremos, pues, así el ensueño de dos almas en un solo cuerpo! Swedenborg, en su tratado de las Delicias de la Sabiduría Angélica, sobre el amor conyugal, dice: «Y he aquí que en aquel instante apareció un carro que bajaba del cielo supremo o tercer cielo; en ese carro se veía un solo ángel; pero, al aproximarse, se vio que eran dos...»27.

* * *

Mas hablemos del segundo modo de que ella me sea restituida, que es el de ir a buscarla, por el camino real de la muerte.

Cuando yacía en su ataúd negro, rodeada de cirios, cubierta de flores, mostrando esa sonrisa prodigiosa de serenidad con que sonríen algunos muertos, yo experimenté, y lo he experimentado después con gran vehemencia, el deseo de matarme, lo que los portugueses llaman con tanto acierto «a vontade da morrer»...

Remy de Gourmont, en su libro deliciosamente escéptico, Una noche en el Luxemburgo²⁸, pone impíamente en boca de Cristo esta defensa del suicidio: «El suicidio es un monstruo que deberíamos acostumbrarnos a mirar con calma. Comparado a ciertos males físicos, a ciertos dolores, a ciertos infortunios, se nos mostraría, pronto como un amigo muy feo, pero muy cordial. ¿No merece acaso los nombres más dulces? ¿No es el consolador? ¿No es la manumisión?».

Dentro de mí, alguien defendía también el acto aniquilador en parecidos términos; pero... ¡tuve miedo!, miedo de que, según tantas lecturas pretenden, mi voluntaria destrucción me apartase para siempre del objeto adorado, en cuya busca justamente quería ir.

Varias veces acaricié la «cacha» de mi browning, un verdadero juguete, construido en Bélgica, que automáticamente podía disparar en mi sien seis balas blindadas, como otras tantas llaves para abrir las puertas del au delà... Pero me asustó, no la aprensión vulgar de la muerte, sino el horror de una ausencia todavía más terrible, infligida por castigo, y junto a la cual nada significa este relámpago, esta ilusión, esta fantasmagoría de la vida, tras de la que Ana me aguarda, quizá, de par en par abiertos los amorosos brazos invisibles!

«¡Desgraciado! -exclamó la Espirita de Théophile Gautier, estrechando contra su corazón de fantasma a Guido, que iba a suicidarse-. ¡No hagas eso! ¡No te mates por unirte a mí! ¡Tu muerte así provocada, nos separaría sin esperanza, y abriría entre nosotros abismos que millones de años no bastarían a franquear! ¡Vuelve en ti! Soporta la vida, que, por larga que sea, no dura más que la caída de un grano de arena... Para soportar el tiempo, piensa en la eternidad, en que podremos amarnos siempre»²⁹.

Y he aquí cómo inveteradas ideas espiritualistas, que desde mi infancia anclaron en el alma, ahondadas por tantas lecturas, me han impedido la muerte; gracias a ellas... ¡ni puedo vivir ni puedo morir!

VI

El tormento empero de esta mutilación, de esta cirugía brutal de la muerte, no consiste para mí, precisamente, en la separación, en el dolor atroz que trae aparejado; consiste, sobre todo, en una idea irremovible, indesceparable³⁰, que pesa sobre mi corazón y gravita sobre mi alma despiadadamente: la idea de que la vida, en cuyos brazos no

somos más que miserables briznas de heno, ha de recobrar por fuerza sus fueros y me ha de traer por fuerza el olvido. Esta idea me es tan intolerable, que me hace desear fervorosamente la muerte. En las cartas de pésame, en las palabras de consuelo de los amigos, esta idea horrible, hija de la milenaria experiencia de los hombres, se encuentra a cada paso: «Ya se resignará usted. Ya olvidará usted. Ya se tranquilizará usted. Ello es inevitable. Nadie escapa a ese leteo³¹... ¡Nadie! ¡Nadie!». El dolor posee las mismas leyes rítmicas que el movimiento, y como un péndulo cuya oscilación disminuye de amplitud, la excitación de la angustia se apacigua y se cambia en una especie de apatía, como enseñan las metafísicas.

Y mis entrañas sangran al oírles y al leerles, y experimento inefable angustia, porque yo también sé que, irrevocablemente, tengo que consolarme; que ni siquiera, alma mediocre, mesócrata³² mezquino, puedo aspirar al privilegio de llorar, mientras viva, a mi muerta... ¡a menos que viva poco! Esta fatalidad del consuelo me es más odiosa que la fatalidad de la tortura, porque el dolor ennoblece (La douleur c'est la noblesse unique)³³ y el consuelo, la alegría, son bellacos. En los brazos invisibles de ese gigante que parece sombrío y que es luminoso: el dolor, me he sentido un poquito dignificado. Desde que mi Ana cayó estrujada por la fiebre, he crecido. Mi talla moral ha ganado algunos centímetros. ¿Y he de volver a achicarme? ¿He de volver a sonreír y a decir frases sonoras en las triviales asambleas de los hombres? ¿Han de absorberme otra vez las tareas burocráticas? ¿He de vestirme y desvestirme el frac para hacer reverencias y distribuir sonrisas en los salones mundanos? Y el freno que hoy he puesto a mi deseo, al impulso incontrarrestable de la ida, ¿ha de romperse? ¿Y he de buscar a la hembra? -¡yo que tenía a mi lado a la mujer casi perfecta, llena de una dignidad amable y de una altivez graciosa; a la mujer solícita, que me envolvía, me penetraba, me saturaba de su ternura!...

¡Oh!, que aquellos cuya alma delicada haya pasado por la amargura de estos pensamientos, se conduelan de mi mal. El destino nos dice: -¡Pobre criatura; ni siquiera te es dado sufrir perennemente; ni siquiera eres capaz de llorar toda una vida! ¡Para sufrir siempre se necesitan almas elegidas! La tuya no es de su temple. Yo quiero que vivas, aunque tú no lo quieras. Eso es asunto mío. ¡Qué me importan a mí tus ideologías! ¿Acaso no eres carne? Pues a comer, a reír, a buscar a la hembra placentera³⁴... y a llorar a veces, sí, pero por otras cosas. ¿Que estas cosas serán menos nobles que lo que ahora te penetra y te domina? ¡Y a mí qué! No es humano morar en excelsitudes espirituales como las que sueñas... Hay que bajar, hay que descender a las capas inferiores a que te arrastra tu densidad espiritual.

¡Ah!, yo soñé con que mi Ana me acompañase hasta la vejez. Pensé que, en un porvenir indefinido, uno de los dos (probablemente yo) habría de irse primero, pero diciendo al otro: -Mira, es forzoso que en esta estación tome yo el tren para el destino común, para la ciudad serena, adonde vamos... Tú seguirás aún un poco, sola, hasta la estación inmediata, y allí tomarás el tren a tu vez, y nos encontraremos en la ciudad dentro de poco. ¡Allí te espero!

Mas partir ella así, en plena juventud, y dejarme a los cuarenta y un años, solo, en una estación, quizá muy lejana de aquella donde yo debo emprender el definitivo viaje...

A menos que... Sí; a menos que la misericordia de Dios luzca al fin sobre mi cabeza, y el Destino haga otro signo a la muerte...

¡Oh, amigo, que quizás leerás estas páginas deshilvanadas, inconexas y tristes! ¡Ojalá que, al leerlas, sepas ya que mi deseo fue realizado!

¡Ojalá que, lleno de una generosa simpatía para mí, exclames: ¡No se mostró con él inexorable la muerte! De la estación donde se quedó solo, a aquella donde debía tomar

el tren para la Ciudad Serena, había poco trecho. ¡Pero él no lo sabía! ¡Su adorada sí lo supo, y por eso sonreía en su ataúd con esa sonrisa que contagiaba de paz!

Dios no quiso que en mi vida, resultante de un Karma³⁵ mediocre, hubiera grandes noblezas. Ni siquiera me ha sido dado realizar el poco bien que intenté³⁶. Pero ¿quién me dice que, ante la humildad de mi ruego, la sombra no ha de tener oídos? ¿Quién me dice que la concesión suprema e inmerecida que ansío, no ha de regocijar mis huesos? ¿Quién me dice, en fin, que no he de partir, joven aún, en busca de mi alma gemela, antes de que ella ascienda a planos donde el aire espiritual, enrarecido para mí, no me permita respirar?

Entre los versos de Serenidad hay unos que dicen:

No te apartes de mi vera,

muere tú cuando yo muera.

¡Yo te lleve, pues te traje!

Fuiste noble compañera

de viaje.

Rimemos nuestros destinos

para todos los caminos

que habremos de recorrer

en lo inmenso del arcano,

y vayamos por la muerte de la mano,

como fuimos por la vida: ¡sin temer!³⁷

Estos versos la complacieron en extremo. Repitió varias veces los últimos, y aun vibra en mis oídos el metal de su acento, cuando insistía en el final: ¡sin temer!

Yo no soy más que la cuerda que pulsán manos desconocidas.

Yo no compongo mis versos: ¡únicamente los escribo!

Yo soy la mano que traza las líneas. El espíritu sopla donde quiere. Ego sum vox clamantis in deserto.

Entonces... cabe una esperanza: ¡la de haber acertado!

¡Oh!, Dios, en quien creo y a quien amo sobre todas las cosas: ¡dame esta suprema dicha de morir ahora! ¡Hay en la otra ribera una mano amorosa, que está extendida esperando la mía para el divino viaje! ¡No retardes la unión de las dos! Da a mis versos el prestigio de una profecía hecha por los ángeles.

Y vayamos por la muerte de la mano,

como fuimos por la vida: ¡sin temer!

Y si, como afirman los teólogos, la muerte no es sino un incidente periódico en una existencia sin fin, de la mano volveremos a ir por las vidas sucesivas: de la mano por las vidas y por las muertes.

VII

Pero si, lector, por el contrario, al leer estas notas sabes que existo, compadéceme. Envejezco en alguna metrópoli, cogido entre los engranajes del vivir cotidiano; acaso he contraído lazos... Tengo deberes, tediosos quizá; y en tanto, mi pobre desaparecida se hunde, se hunde en los abismos del infinito: navega sola por los negros océanos del devenir, se aleja, de uno en otro cielo, hacia riberas tan remotas, que nuestra mente se fatiga sólo de pensarlas.

Les morts font de longs voyages³⁸...

Compadéceme, porque Dios no quiso oírme, y no merecí de su misericordia esa serena dignidad de la muerte. Caeré, pero más tarde, profanado por la baba del mundo, agobiado por esfuerzos triviales de esos que demanda hora a hora la lucha por la existencia.

Quizá -¡oh, vergüenza suprema!-, como el presidiario acaba por amar su jergón maloliente, y la húmeda penumbra de su calabozo, yo habré acabado por amar con

egoísmo senil la vida, y tosiendo y claudicando, me aferraré, sin embargo, al horror y a la vulgaridad de mis días.

¡Oh! yo merezco ciertamente este crepúsculo... ¡pero ahora no quiero presentirlo! ¡Ilusión, nodriza de las almas, no me abandones! ¡Déjame creer que soy amado de los dioses, y que en plena virilidad voy a rendir mi espíritu y a volar libérrimo al lado del alma que me aguarda más allá de las puertas!³⁹

Todas las noches, al sentir la suave invasión del sueño, me digo: «Quizá no despertaré». Y me complazco en cruzar las manos sobre el pecho, con esa definitiva actitud de reposo... ¡que tanto ansío! Y por las mañanas el alba que se cuele, con su insoportable tinte azul, por las rendijas, me produce desconuelos insondables. Es ésta la hora más terrible de las veinticuatro, que como dos docenas de puñales se me clavan a diario en el corazón. La angustia de vivir trepa hasta mi garganta, y me produce náuseas invencibles.

Afuera, el invierno, de una crudeza excepcional, sacude los árboles, el viento aúlla, la lluvia azota las vidrieras; nubes bajas, ventradas, de un plomo cobrizo, pasan atormentadas y trágicas.

Y yo, echando mano de mis reservas de voluntad, hago dolorosamente el esfuerzo previo para vivir, y con el gesto resignado del enfermo que accede a tomar la poción nauseabunda, empiezo a tragarme el contenido turbio del vaso de la existencia.

Pero no blasfemo: acato. Lo inevitable es la única certidumbre que tenemos de la voluntad de Dios.

«Todos y cada uno me adoran -dice el Eterno en un diálogo de Renán- por la resignación que ponen en soportar la vida para fines de mí solo conocidos»⁴⁰.

Y nada, ni la espantosa mutilación que he sufrido, puede arrancarme la fe en Cristo. ¡Él ha partido en dos mi corazón, mas en la mitad sangrienta y temblorosa que me queda, hay todavía bastante amor para bendecir a Jesús!

VIII

Sobre el mármol de su cómoda ha quedado su sombrero, tal como ella lo puso el último día que salió al tornar a casa. Sus pieles y su blusa negra, pendientes de la percha en que sus manos las colocaron con esa meticulosidad que le era propia y que hacía de ella la ménagère⁴¹ por excelencia, tienen aún su olor de mujer limpia, su olor que respiré más de diez años. Las otras prendas de su ropa cuelgan lacias en el vestidor. Por dondequiera sus huellas me salen al paso. El lecho vacío me parece desmesurado:

Ha de sobrarme la mitad del lecho,

y ha de faltarme la mitad del alma⁴².

Frecuentemente coloco una silla al borde de la cama, pegada al sitio donde expiró, y en la penumbra de la alcoba evoco toda una vida: la noche de París en que la conocí, el

31 de agosto de 1901. Yo iba en busca de una muchacha del Barrio Latino, con quien me permitía matar el tiempo, que por aquel entonces, y a raíz de grandes contrariedades, no tenía para mí más que tedio. La muchacha no acudió a la cita y, en cambio, la mano misteriosa que teje los destinos, nos puso a Ana y a mí frente a frente. Ella paseaba con una hermana y, según supe después, había salido aquella noche impulsada por un tedio tan grande como el mío. También ella tenía dolores, y su hermana, solícita, angustiada al verla llorar en el rincón de su casa, insistió para que saliese: -Si tu restes -le dijo- tu deviendras folle43-. Ella se dejó convencer... El arcano iba a arrojarla en mis brazos.

Un minuto más o menos, y no nos hubiéramos encontrado. Pero estaba escrito.

Nuestra simpatía fue inmediata; mas a pesar de ella, la almita ingenua y temerosa se resistía a entregarse. La vida había sido hosca con ella y tenía miedo.

-Yo no soy una mujer para un día -me dijo enérgica, pero sonriente.

-Pues ¿para cuánto tiempo? -le pregunté, entre ligero y ansioso.

-Para toda la vida.

-¡Está bien!

Y cuando al fin (después de días deliciosos en que la persistencia del amor, aunque no lograba la posesión, ya se la prometía serena) ella se entregó sin reserva al hombre a quien empezaba a conocer y estimar, nos repetimos: «¡Para toda la vida!». Y para toda la vida fue... desde aquella noche bendita del estío de 1901, hasta esta lívida mañana del invierno de 1912 en que su hipo de agonizante resonó como eco espantoso en mi corazón.

Más de diez años de un amor confiado, lleno de abandonos. Más de diez años de esa cosa deliciosa y divina que se llama el cariño, y que resume todas las cordialidades, todas las intimidades, todas las seguridades de la vida.

París, Londres, Nueva York, México, Bruselas, Roma, Venecia, Florencia... Medio mundo nos vio juntos. ¡Adónde iré ahora que no me encuentre con su fantasma! ¡En qué lugar no he de ver su huella bendita! ¡Qué paisaje no ha de reconstruirmela!

Por dondequiera que me empuje mi hosco destino, he de abrir los brazos para apretar contra mi corazón su espectro adorado, y no he de estrechar más que mi angustia..., mi angustia y la trenza de su cabello castaño, impregnado del sudor de su agonía, que es lo solo material que me queda de la compañera única de mi vida, de la que me quiso pobre y triste, enfermo y olvidado; de la que me ofreció siempre con ímpetu generoso la cordialidad de sus brazos, la seguridad de su apoyo, la lucidez de su instinto; a la que debo la orientación de mi existencia y el no haber caído definitivamente tantas veces en los hoyancos del camino.

¡Ah, Señor!, cómo no creer en ti, cuando vemos disolverse todo esto en la incomprendible negrura de la muerte. Un instinto invencible nos fuerza a asirnos con crispada mano a la promesa de Jesús: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto vivirá». Es imposible que ese instinto nos engañe. La naturaleza no nos ha atormentado el alma con sed de inmortalidad, para volvernos tántalos44 inexplicables en un infinito hipotético (natura nihil facit frustra)45. Este amor, esta avidez de lo absoluto tan contraria a las exigencias materiales, esta atracción invencible que el arcano ejerce sobre nuestros espíritus, esta ansia inconmensurable de persistir, son un indicio seguro de eternidad.

Creo en ti, Señor; creo que los vivos y los muertos estamos, por el mismo concepto, en tus brazos. En ti vivimos, nos movemos y somos. La muerte, como tantas veces lo repetí a mi adorada, es sólo una ilusión. ¡La muerte no existe! Yo lo proclamo con energía, a pesar de mi soledad aparente, a pesar de mi angustia inefable! Mi pobre alma está encerrada en esta fortaleza del cuerpo. Es una triste princesa metida en una torre impenetrable, con cinco mezquinas ventanillas (los cinco sentidos) para adivinar el

inmenso mundo exterior. A veces le parece escuchar como el ruido de un mar que con rumores de seda que se desgarran, bate los pies de su fortaleza... A veces cree haber visto pasar seres alados que con majestad inmensa agitan sus plumajes níveos; a veces oye rumores armoniosos de palabras, fragmentos de músicas... Ansiará empujarse y ver los horizontes que presiente... ¡Pero las cinco ventanas están muy altas, son muy estrechas!

Mi alma, la infinita prisionera, sabe que there are more things in heaven and earth than are dreamt of in your philosophy⁴⁶; sabe que los muertos amados que, al derrumbarse su castillo de carne, adquirieron el privilegio del vuelo, pugnan por acercarse a ella, la solicitan, la aguardan; pero sabe también que el castillo es inexpugnable por ahora, que la coraza de carne es invencible..., que sólo a veces, cuando duerme, esa muerte periódica del sueño le abre las puertas de la prisión; pero que al despertar se halla de nuevo presa y no puede acordarse sino con una enigmática vaguedad de sus departamentos con las otras almas...

Sabe todo esto, sí, y se resigna a la ley de Dios, que un día desmoronará piadosamente la dolorida arquitectura de sus huesos. Su convicción indestructible le dice que amores como el amor de que fue objeto son más poderosos que la muerte⁴⁷, y llena de unción, exclama:

-¡Oh!, muerte, ¿dónde está tu aguijón? ¡Oh!, sepulcro, ¿dónde está tu victoria?⁴⁸

Además, un raciocinio piadoso le argumenta de esta suerte para consolarle: «Cuando vivías con ella, cada instante os separaba, porque os acercaba al día tremendo de su muerte; ahora que se ha ido, cada instante que pasa os acerca, porque es un instante menos en la vida y por lo tanto de ausencia, porque abrevia el plazo, vencido el cual, tu alma, que se exhalará de tus labios descoloridos, y su alma, que te aguarda en la ribera, se fundirán locamente en un divino beso de amor!».

* * *

Así, pues, lector, tú que pensaste acaso hallar en este libro, como en el anterior, el ambiente del célebre cuadro de Henri Martín que se llama Sérénité⁴⁹, aquel ambiente lleno de radiaciones crepusculares, de sosiego augusto, y aquella asamblea de seres nobilísimos, en un bosque saturado de paz, sólo te encuentras con un nuevo sollozo del atribulado poeta de las Místicas y de los Jardines interiores.

Musée d'Orsay. Serenité, 1899

¡Serenidad! ¿La merecía yo por ventura? Ella es privilegio de espíritus incomparablemente más altos que mi espíritu. Mi serenidad en este libro se llama Resignación.

Perdóname, tú que me lees. Pude suprimir la intimidad de un prefacio tan sombrío; pero sentí que debía a mi Muerta estas páginas. Aquí, donde las escribo, hace apenas dos meses, le leía aún mis versos...

Sólo me queda ahora por decir a mi Ana lo que pensé al besar su frente (tan fría que hasta los cabellos estaban helados) en el momento supremo en que iban a cerrar su ataúd:

-Gracias, idolatrada mía, del fondo de mis entrañas, por los diez años de amor que me diste. ¡Que Dios te bendiga!

Y tú, lector, si crees en las promesas de Jesús y has llegado hasta estas líneas, ruega por Ana Cecilia Luisa Dailliez, para quien amorosamente escribo este libro. ¡Ora por ella y que Dios te bendiga también!

Amado Nervo

Febrero de 1912, Madrid

Pensamientos afines
Not dead, but gone before.

ROGERS, Human life50

Es la vida un dolor en que se empieza el de la muerte, que dura mientras dura ella...
Antes empiezas a morir que sepas qué cosa es vida.

QUEVEDO51

Une fois, il vit dans le cimetière

une tombe neuve, un nouveau cyprès;

il comprit pour quoi; la nuit tout entière

il pleura sa mié, et mourut après.

RONSARD, La Ballade de Roland52

La voilà, j'ai coupé seulement ces deux tresses

dont elle m'enchainait hier dans ses caresses,

et je n'ai gardé que cela!

LAMARTINE⁵³

Seigneur, je reconnais que l'homme est en délire

s'il ose murmurer;

je cesse d'acuser, je cesse de maudire;

mais laissez moi pleurer!

VÍCTOR HUGO⁵⁴

...Y morir es muy distinto de lo que todos suponen y más feliz. ¿Alguien ha pensado que nacer es una ventura? Me apresuro a manifestarle que morir es igualmente venturoso: Yo lo sé.

WALT WHITMAN⁵⁵

I

¿Llorar? ¿Por qué?

Este es el libro de mi dolor:

lágrima a lágrima lo formé;

una vez hecho, te juro por

Cristo, que nunca más lloraré.

¿Llorar? ¿Por qué?

Serán mis rimas como el rielar

de una luz íntima, que dejaré

en cada verso; pero llorar,

¡eso ya nunca! ¿Por quién? ¿Por qué?

Serán un plácido florilegio,

un haz de notas que regaré,

y habrá una risa por cada arpegio.

¿Pero una lágrima? ¡Qué sacrilegio!

Eso ya nunca. ¿Por quién? ¿Por qué?

II56

«Más que yo mismo»⁵⁷

¡Oh vida mía, vida mía,

agonicé con tu agonía

y con tu muerte me morí.

De tal manera te quería,

que estar sin ti es estar sin mí!

Faro de mi devoción,

perenne cual mi aflicción,

es tu memoria bendita.

¡Dulce y santa lamparita

dentro de mi corazón!

Luz que alumbra mi pesar,

desde que tú te partiste

y hasta el fin lo ha de alumbrar,

que si me dejaste triste,

triste me habrás de encontrar.

Y al abatir mi cabeza,

ya para siempre jamás,

el mal que a minarme empieza,

pienso que por mi tristeza

tú me reconocerás.

Merced al noble fulgor

del recuerdo, mi dolor

será espejo en que has de verte,

y así vencerá a la muerte

la claridad del amor.

No habrá ni noche ni abismo

que enflaquezca mi heroísmo

de buscarte sin cesar.

Si eras más que yo mismo,

¿cómo no te he de encontrar?

¡Oh vida mía, vida mía!

agonicé con tu agonía

y con tu muerte me morí.

De tal manera te quería

que estar sin ti es estar sin mí.

Febrero de 1912

III

Gratia plena

Todo en ella encantaba, todo en ella atraía:

su mirada, su gesto, su sonrisa, su andar...

El ingenio de Francia de su boca fluía.

Era llena de gracia, como el Avemaría;

¡quien la vio no la pudo ya jamás olvidar!

Ingenua como el agua, diáfana como el día,

rubia y nevada como Margarita58 sin par,

al influjo de su alma celeste, amanecía...

Era llena de gracia, como el Avemaría;

¡quien la vio no la pudo ya jamás olvidar!

Cierta dulce y amable dignidad la investía

de no sé qué prestigio lejano y singular.

Más que muchas princesas, princesa parecía:

era llena de gracia, como el Avemaría;

¡quien la vio no la pudo ya jamás olvidar!

Yo gocé el privilegio de encontrarla en mi vía

dolorosa; por ella tuvo fin mi anhelar,

y cadencias arcanas halló mi poesía.

Era llena de gracia, como el Avemaría;

¡quien la vio no la pudo ya jamás olvidar!

¡Cuánto, cuánto la quise! Por diez años fue mía,

pero flores tan bellas nunca pueden durar!

Era llena de gracia, como el Avemaría,

y a la fuente de gracia, de donde procedía,

se volvió... como gota que se vuelve a la mar!

Marzo de 1912

IV

Puella mea!

Muchachita mía,

gloria y ufanía

de mi atardecer,

yo sólo tenía

la santa alegría

de mi poesía

y de tu querer⁵⁹.

¿Por qué te partiste?

¿Por qué te me fuiste?

¡Mira que estoy triste,

triste, triste, triste,

con tristeza tal,

que mi cara mustia

deja ver mi angustia

como si fuera de cristal!60

Muchachita mía,

¡qué sola, qué fría

te fuiste aquel día!

¿En qué estrella estás?

¡En qué espacio vuelas!

¡En qué mar rielas!

¿Cuándo volverás?

-¡Nunca, nunca más!

Marzo de 1912

V

Su trenza

Bien venga, cuando viniere,

la Muerte: su helada mano

bendeciré si hiere...

He de morir como muere

un caballero cristiano.

Humilde, sin murmurar,

¡oh Muerte! me he de inclinar

cuando tu golpe me venza;

...pero déjame besar,

mientras expiro, su trenza!

¡La trenza que le corté

y que, piadoso, guardé

(impregnada todavía

del sudor de su agonía⁶²)

la tarde en que se me fue!

Su noble trenza de oro;

amuleto ante quien oro,

ídolos de locas preces,

empapado por mi lloro

tantas veces... tantas veces...

Deja que muriendo, pueda

acariciar esa seda

en que vive aún su olor:

...¡Es todo lo que me queda

de aquel infinito amor!

Cristo me ha de perdonar

mi locura, al recordar

otra trenza, en nardo llena,

con que se dejó enjugar

los pies por la Magdalena...

Marzo 19, 1912

VI

Escamoteo

Con tu desaparición

es tal mi estupefacción,

mi pasmo, que a veces creo

que ha sido un escamoteo⁶³,

una burla, una ilusión.

Que tal vez sueño despierto

que muy pronto te veré,

y que me dirás: «No es cierto,

vida mía, no me he muerto;

ya no llores... bésame!».

Marzo de 1912

VII

¿Qué más me da?⁶⁴
In angello cum libello.

KEMPIS⁶⁵

¡Con ella, todo; sin ella, nada!

¡Para qué viajes, cielos, paisajes!

¡Qué importan soles en la jornada!

Qué más me da

la ciudad loca, la mar rizada⁶⁶,

el valle plácido, la cima helada,

¡si ya conmigo mi amor no está!

Qué más me da...

Venecias, Romas, Vianas, Parises,

bellos sin duda; pero copiados

en sus celestes pupilas grises,

¡en sus divinos ojos rasgados!

Venecias, Romas, Vianas, Parises,

qué más me da

vuestra balumba febril y vana,

si de mi brazo no va mi Ana,

¡si ya conmigo mi amor no está!

Qué más me da...

Un rinconcito que en cualquier parte me preste abrigo;

un apartado refugio amigo

donde pensar;

un libro austero que me conforte;

una esperanza que sea norte

de mi penar,

y un apacible morir sereno,

mientras más pronto, más dulce y bueno:

¡qué mejor cosa puedo anhelar!

Marzo de 1912

VIII

¡Quién sabe por qué!⁶⁷

Perdí tu presencia,

pero la hallaré,

pues oculta ciencia

dice a mi conciencia

que en otra existencia

te recobraré.

Tú fuiste en mi senda

la única prenda

que nunca busqué;

llegaste a mi tienda

con tu noble ofrenda,

¡quién sabe por qué!

¡Ay! por cuánta y cuánta

quimera he anhelado

que jamás logré...68

y en cambio, a ti, santa,

dulce bien amado,

te encontré a mi lado,

¡quién sabe por qué!

Viniste, me amaste;

diez años llenaste

mi vida de fe,

de luz y de aroma;

en mi alma arrullaste

como una paloma,

¡quién sabe por qué!

...Y un día te fuiste,

¡ay triste! ¡ay triste!

...pero te hallaré;

pues oculta ciencia

dice a mi conciencia

que en otra existencia

te recobraré.

Marzo 19 de 1912

IX

Mi secreto

¿Mi secreto? ¡Es tan triste! Estoy perdido

de amores por un ser desaparecido,

por un alma liberta,

que diez años fue mía, y que se ha ido...

¿Mi secreto? Te lo diré al oído:

¡Estoy enamorado de una muerta!

¿Comprendes -tú que buscas los visibles

transportes, las reales, las tangibles

caricias de la hembra, que se plasma

a todos tus deseos invencibles-

ese imposible de los imposibles,

de adorar a un fantasma?

¡Pues tal mi vida es y tal ha sido

y será!

Si por mí solo ha latido

su noble corazón, hoy mudo y yerto,

¿he de mostrarme desagradecido

y olvidarla, no más porque ha partido

y dejarla, no más porque se ha muerto?

Marzo 25 de 1912

X

Metafisiqueos69

¡De qué sirve al triste la filosofía!

Kant o Schopenhauer o Nietzsche o Bergson...

¡Metafisiqueos!

En tanto, Ana mía,

te me has muerto, y yo no sé todavía

dónde ha de buscarte mi pobre razón⁷⁰.

¡Metafisiqueos, pura teoría!

Nadie sabe nada de nada: ¡mejor

que esa pobre ciencia confusa y vacía,

nos alumbró el alma como la luz del día,

el secreto instinto del eterno amor!

No ha de haber abismo que ese amor no ahonde,

y he de hallarte. ¿Dónde? ¡No me importa dónde!

¿Cuándo? No me importa... ¡pero te hallaré!

Si pregunto a un sabio, «¡Qué sé yo!» -responde-.

Si pregunto a mi alma, me dice: «¡Yo sé!».

27-III-912

XI

Unidad

No, madre, no te olvido;

mas apenas ayer ella se ha ido,

y es natural que mi dolor presente

cubra tu dulce imagen en mi mente,

con la imagen del otro bien perdido.

Ya juntas viviréis en mi memoria⁷¹

como oriente y ocaso de mi historia,

como principio y fin de mi sendero,

como nido y sepulcro de mi gloria;

¡pues contigo, nació: con ella, muero!

Ya viviréis las dos en mis amores⁷²

sin jamás separaros;

pues, como en un matiz hay dos colores

y en un tallo dos flores,

¡en una misma pena he de juntaros!

Marzo 28 de 1912

Pensamientos afines

Mais elle était du monde où les plus belles choses

ont le pire destin;

et rose, elle a vécu ce qui vivent les roses,

l'espace d'un matin.

MALHERBE73

Elle este venue; elle a souri: elle a passé.

Epitafio antiguo74

Vous qui pleurez, venez à ce Dieu, car il pleure.

Vous qui souffrez, venez à lui, car il guérit.

Vous qui tremblez, venez à lui, car il sourit.

Vous qui passez, venez à lui, car il demeure.

VÍCTOR HUGO75

Je me souviens

des jours anciens

et je pleure.

VERLAINE76

El más rápido corcel para conducir a la perfección es el sufrimiento.

EL MAESTRO ECKHARDT, Obras, vol. 1, p. 49277

Death is the crown of life.

YOUNG, High thoughts78

I

El fantasma soy yo

Vivants, vous êtes des fantômes.

C'est nous qui sommes les vivants.

V. H.79

Mi alma es una princesa en su torre metida,

con cinco ventanitas para mirar la vida.

Es una triste diosa que el cuerpo aprisionó.

Y tu alma, que desde antes de morirte volaba,

es un ala magnífica, libre de toda traba...

Tú no eres el fantasma: ¡el fantasma soy yo!

¡Qué entiendo de las cosas! Las cosas se me ofrecen,

no como son de suyo, sino como aparecen

a los cinco sentidos con que Dios limitó

mi sensorio grosero, mi percepción menguada.

Tú lo sabes hoy todo...; ¡yo en cambio, no sé nada!

Tú no eres el fantasma: ¡el fantasma soy yo!

5 Abril 1912

II

Tres meses

Mi amada se fue a la Muerte,

partió al Misterio mi amada;

se fue una tarde de invierno;

iba pálida, muy pálida.

Ella que, por su color,

gloriosamente rosada,

parecía un ser traslúcido

iluminado por llama

interna...

¡Qué lividez

aquella, la de mi Ana,

y qué frialdad! ¡Si tenía

hasta las trenzas heladas!

¡Se fue a la Muerte, que es

nuestra Madre, nuestra Patria

y nuestra sola heredad

tras este valle de lágrimas!

Hoy hace tres meses justos

que se la llevaron trágica-

mente inmóvil, y recuerdo

con qué expresión desolada

se plañía entre los árboles

el viento del Guadarrama.

¡Tres meses de viaje! Nunca

fue nuestra ausencia tan larga!

Noventa días sin verla,

y sin una sola carta...

Abismo de los abismos,

distancia de las distancias,

hondura de las honduras,

muralla de las murallas,

¿dónde tienes a mi muerta?

¡Dámela! ¡Dámela! ¡Dámela!

¡En vano en la noche lóbrega

suena y resuena la aldaba

con que llamo a la gran puerta

del castillo que se alza

en la cima misteriosa

de la fúnebre Montaña!

Cierto, detrás de esa hostil

fortaleza, alguien se halla...

Se adivina no sé qué,

un confuso rumor de almas...

De fijo nos oyen, pero

nadie nos responde nada,

y resuena solamente,

con vibraciones metálicas,

en los ámbitos inmensos

el golpazo de la aldaba.

Hoy hace tres meses justos

que se la llevaron, trágica-

mente inmóvil, y recuerdo

con qué expresión desolada

se plañía entre los árboles

el viento del Guadarrama;

y recuerdo también que

al cruzar por las barriadas

de Madrid, me sollozó

una tétrica gitana:

«¡Señorito, una limosna

por la difunta de su arma!».

8 de Abril de 1912

III

Hugueana80

¡Ay de mí! Cuántas veces, arrobado

en la contemplación de una quimera,

me olvidé de la noble compañera

que Dios puso a mi lado.

-¡Siempre estás distraído! -me decía;

y yo, tras mis fantasmas estelares,

por escrutar lejanos luminares,

el íntimo lucero no veía.

Qué insensatos antojos

los de mirar, como en tus versos, Hugo,

las estrellas, en vez de ver sus ojos,

desdeñando, en mi triste desatino,

la cordial lucecita que a Dios plugo

encenderme en la sombra del camino...

Hoy que partió por siempre el amor mío,

no me importan los astros, pues sin ella

para mí el universo está vacío.

Antes, era remota cada estrella:

hoy, su alma es la remota, porque en vano

la buscan mi mirada y mi deseo.

Ella que iba conmigo de la mano,

es hoy lo más lejano:

los astros están cerca, pues los veo.

Abril, 9-912

IV

Cuando Dios lo quiera

Santa florecita, celestial renuevo,

que hiciste de mi alma una primavera,

y cuyo perfume para siempre llevo:

¿Cuándo en mi camino te hallaré de nuevo?

-¡Cuando Dios lo quiera, cuando Dios lo quiera!

-¡Qué abismo tan hondo! ¡Qué brazo tan fuerte

desunirnos pudo de tan cruel manera!81

...Mas ¡qué importa! Todo lo salva la muerte

y en otra ribera volveré yo a verte...

-En otra ribera... ¡sí, cuando Dios quiera!82

Corazón herido, corazón doliente,

mutilada entraña: si tan tuya era

(carne de tu carne, mente de tu mente,

huesos de tus huesos), necesariamente

has de recobrarla... -¡Sí, cuando Dios quiera!

Abril de 1912

V

«Le trou noir»⁸³

Y todos los modernos sobreentienden, quienes más, quienes menos, esa inmortalidad del otro lado del agujero negro.

FLAUBERT, Correspondance⁸⁴

Para el que sufre como yo he sufrido,

para el cansado corazón ya huérfano,

para el triste ya inerme ante la vida,

¡bendito agujero negro!

Para el que pierde lo que yo he perdido

(luz de su luz y hueso de sus huesos),

para el que ni recobra ya ni olvida,

¡bendito agujero negro!

¡Agujero sin límites, gigante

y medroso agujero,

cómo intriga a los tontos y a los sabios

la insondabilidad de tu misterio!

Mas si hay alma, he de hallar la suya errante;

si no, en la misma nada fundiremos

nuestras áridas bocas, ya sin labios,

en tu regazo, ¡fúnebre agujero!

Abril 4 de 1912

VI

Todo inútil

Inútil es tu gemido:

no la mueve tu dolor.

La muerte cerró su oído

a todo vano rumor.

En balde tu boca loca

la suya quiere buscar.

Dios ha sellado su boca:

¡ya no te puede besar!

Nunca volverás a ver

sus amorosas pupilas

en tus veladas arder

como lámparas tranquilas.

Ya sus miradas tan bellas

en ti no se posarán:

Dios puso la noche en ellas

y llenas de noche están...

Las manos inmaculadas

le cruzaste en su ataúd,

y estarán siempre cruzadas:

¡ya es eterna su actitud!

Al noble corazón tierno

que sólo por ti latió,

como a pájaro en invierno

la noche lo congeló.

-¿Y su alma? ¿Por qué no viene?

¡Fue tan mía...! ¿Dónde está?

-Dios la tiene, Dios la tiene:

Él te la devolverá

¡quizá!85

Abril, 19 de 1912

VII

¡Cómo será!

Si en el mundo fue tan bella,

¿cómo será en esa estrella

donde está?

¡Cómo será!

Si en esta prisión oscura

en que más bien se adivina

que se palpa la hermosura,

fue tan peregrina,

¡cuán peregrina será

en el más allá!

Si de tal suerte me quiso aquí,

¿cómo me querrá

en el azul paraíso

en donde mora quizá?

¡Cómo me querrá!

Si sus besos eran tales

en vida, ¡cómo serán

sus besos espirituales!

¡Qué delicias inmortales

no darán!

¡Sus labios inmatrimales,

cómo besarán!

...Siempre que medito en esa

dicha que alcanzar espero,

clamo, cual Santa Teresa,

que muero porque no muero;

hallo la vida muy tarda

y digo: ¿cómo será

la ventura que me aguarda

donde ella está? ¿Cómo será!

Abril, 21 de 1912

Pensamientos afines

Así como entre el eco sordo de las aguas y los diversos rumores que se escuchan cuando se abre un túnel, oímos de vez en cuando el ruido de los barreteros que vienen hacia nosotros del lado opuesto, así también a intervalos escuchamos los golpes de la piqueta de nuestros camaradas, los que se fueron al más allá.

SIR OLIVER LODGE (Rector de la Universidad de Birmingham)86

El alma, cuando dormimos, tiene ojos de lince.

ESQUILO, Euménides87

Ils n'ont accepté de la terre que l'effort seul qu'elle nécessite pour s'en détacher.

VILLIERS DE L'ISLE ADAM88

Oh, Christ, that it were possible

for one short hour to see

the souls we loved, that they might tell us

what and where they be!

TENNYSON, Maud, Pt. IV, III89

I

La cita

Llamaron quedo, muy quedo, a la puerta de tu casa...

VILLAESPESA90

¿Has escuchado?

Tocan la puerta...

-La fiebre te hace

desvariar.

-Estoy citado

con una muerta,

y un día de estos ha de llamar...

Llevarme pronto me ha prometido;

a su promesa no ha de faltar...

Tocan la puerta. Qué, ¿no has oído?

-La fiebre te hace desvariar.

Abril 26 de 1912

II

Nadie conoce el bien⁹¹

Había un ángel cerca de mí,

mas no le vi...

Posó las plantas maravillosas

entre las zarzas de mi erial, y

yo, en tanto, estaba viendo otras cosas.

Cuando, callado, tendió su vuelo

y quedó al irse torvo mi cielo,

mi vida huérfana, mi alma vacía,

comprendí todo lo que perdía.

Alcé los ojos despavorido,

llamé al ausente con un gemido,

plegó mis labios convulso gesto...

Mas pronto el ángel dejó traspuesto,

con vuelo de ímpetu soberano,

las lindes negras del mundo arcano,

y todo vano fue... ¡todo vano!

¡Quién del espacio devuelve un ave!

¡Qué imán atrae a un dios ya ido!

Dice el proloquio que nadie sabe

el bien que tiene... ¡sino perdido!

Abril, 27, 1912

III

Reparación

¡En esta vida no la supe amar!

Dame otra vida para reparar,

¡oh Dios! mis omisiones,

para amarla con tantos corazones

como tuve en mis cuerpos anteriores;

para colmar de flores,

de risas y de gloria sus instantes;

para cuajar su pecho de diamantes

y en la red de sus labios dejar presos

los enjambres de besos

que no le di en las horas ya perdidas...

Si es cierto que vivimos muchas vidas

(conforme a la creencia

teosófica), Señor, otra existencia

de limosna te pido

para quererla más que la he querido,

para que en ella nuestras almas sean

tan una, que las gentes que nos vean

en éxtasis perenne ir hacia Dios,

digan: «¡Cómo se quieren esos dos!».

A la vez que nosotros murmuramos

con un instinto lúcido y profundo

(mientras que nos besamos

como locos): «¡Quizás ya nos amamos

con este mismo amor en otro mundo!».

Abril, 28

IV

¡Cómo callan los muertos!

¡Qué despiadados son

en su callar los muertos!

Con razón

todo mutismo trágico y glacial,

todo silencio sin apelación

se llaman: un silencio sepulcral.

Abril, 29

V

Me besaba mucho

Me besaba mucho, como si temiera

irse muy temprano... Su cariño era

inquieto, nervioso.

Yo no comprendía

tan febril premura. Mi intención grosera

nunca vio muy lejos...

¡Ella presentía!

Ella presentía que era corto⁹² el plazo,
que la vela herida por el latigazo
del viento, aguardaba ya... y en su ansiedad
quería dejarme su alma en cada abrazo,
poner en sus besos una eternidad.

Mayo, 4 de 1912

VI

Aquel olor...

Era un'amicizia «di terra lontana».

GABRIELE D'ANNUNZIO⁹³

¿En qué cuento te leí?

¿En qué sueño te soñé?...

¿En qué planeta te vi

antes de mirarte aquí?

¡Ah! ¡no lo sé... no lo sé!

Pero brotó nuestro amor

con un antiguo fervor,

y hubo, al tendernos la mano,

cierta emoción anterior,

venida de lo lejano.

Tenía nuestra amistad,

desde el comienzo un cariz

de otro sitio, de otra edad,

y una familiaridad

de indefinible matiz...

Explique alguien (si lo osa)

el hecho, y por qué, además,

de tus caricias de diosa

me queda una misteriosa

esencia sutil de rosa

que viene de un siglo atrás...

Mayo, 7, 1912

VII

«Hélas!»⁹⁴

Hélas! Je ne suis plus un poète, un artiste.

Je ne suis plus qu'un coeur profondément meurtri;

je ne suis qu'un esprit las et farouche et triste,

qui veut saisir un rêve d'amour évanoui...

La Mort a mis devant mes yeux ses lourdes voiles,

pour m'empêcher de suivre Celle qui s'envola;

mais mon ame opiniâtre, cherche dans les étoiles,

fouille les noirs abîmes, et la retrouvera.

11-V-1912

VIII

Regnum tuum⁹⁵

Fuera, sonrisas y saludos,

vals, esnobismo de los clubs,

mundanidad oropelesca.

Pero al volver a casa, tú.

En el balcón, en la penumbra,

vueltos los ojos al azul,

te voy buscando en cada estrella

del misterioso cielo augur.

¿Desde qué mundo me contemplas?

¿De qué callada excelsitud

baja tu espíritu a besarme?

¿Cuál es el astro cuya luz

viene a traerme tus miradas?

¡Oh! ¡qué divina es la virtud

con que la noche nos penetra

bajo su maternal capuz!

Hasta mañana, salas frívolas,

trajín, ruidos, inquietud,

mundanidad oropelesca,

poligonales fracs, abur.

Y tú, mi muerta, ¡buenas noches!

¿Cómo te va? ¿Me amas aún?

Vuelvo al encanto misterioso,

a la inefable beatitud

de tus lejanos besos místicos.

¡Aquí no reinas más que tú!

Mayo, 16 de 1912

IX

«Nearer to thee»⁹⁶

Avant de t'en aller vers le sombre rivage,

chaque jour, chaque instant, te séparait de moi,

car la barque approchait pour l'éternel voyage...

Maintenant, chaque jour nous unit d'avantage,

je suis tous les instants plus près, plus près de toi!

Aujourd' hui, plus qu'hier, et plus encor demain!

Ainsi, combien de soirs, je pense avec émoi:

«Qui sait si elle me tend déjà la blanche main

pour m'aider à franchir son abîme lointain!».

...Et je me sens plus près, toujours plus près de toi!

21-V-1912

Pensamientos afines

Que ferai-je de la lyre,

de la vertu, du destin?

Hélas! et, sans ton sourire,

que ferai-je du matin?

Que ferai-je seul, farouche,

sans toi, du jour et des cieux,

de mes baisers sans ta bouche

et de mes pleurs sans tes yeux?

V. H.97

La vie des morts est plus durable que celle des vivants.

GUSTAVE LE BON⁹⁸

Mi diestra sea olvidada. Mi lengua se pegue a mi paladar, si de ti me olvidare.

SALMOS 137, 5.6

Mejor es la buena fama que el buen unguento, y el día de la muerte que el día del nacimiento.

ECLESIASTÉS, 7, 1

Mi alma espera a Jehovah, más que los centinelas la mañana.

SALMOS, 130, 6

La muerte no es quizá más que un cambio de sitio.

MARCO AURELIO⁹⁹

I

Este libro

Un rimador obscuro

que no proyecta sombra,

un poeta maduro

a quien ya nadie nombra,

hizo este libro, amada,

para vaciar en él

como turbia oleada

el ánfora colmada

de lágrimas y de hiel.

Humilde florilegio,

pobre ramo de rimas,

su solo privilegio

es que acaso lo animas

tú, con tu santo soplo

de amor y de ternura

desde el astro en que estás.

¡Un dolor infinito

labró en él con su escoplo

tu divina escultura,

como en recio granito,

para siempre jamás!

Mayo, 23, 1912

II

Ya todo es imposible

¡Dios no ha de devolvértela porque llores!

Mientras tú vas y vienes por la casa vacía;

mientras gimes,

la pobre está pudriéndose en su agujero.

¡Ya todo es imposible!

Así llenaras veinte lacrimatorias

con la sal de tus ojos; así suspires

hasta luchar en ímpetu

con el viento que pasa, destrozando

las flores de tus jardines;

así solloces hasta herir la entraña

de la noche sublime,

nada obtendrás: la Muerte no devuelve

sino cenizas a los tristes...

La pobre está pudriéndose en su agujero.

¡Ya todo es imposible!

Dios lo ha querido... ¡Inclina la cabeza,

humíllate, humíllate,

y aguarda, recogido, en las tinieblas,

el beso de la Esfinge!

Mayo 31 de 1912

III

Esperanza

¿Y por qué no ha de ser verdad el alma?

¿Qué trabajo le cuesta al Dios que hila,

el tul fosfóreo de las nebulosas,

y que traza las tenues pinceladas

de luz de los cometas incansables

dar al espíritu inmortalidad?

¿Es más incomprensible por ventura

renacer que nacer? ¿Es más absurdo

seguir viviendo que el haber vivido,

ser invisible y subsistir, tal como

en redor nuestro laten y subsisten

innumerables formas, que la ciencia

sorprende a cada instante

con sus ojos de lince?

Esperanza, pan nuestro cotidiano,

esperanza, nodriza de los tristes:

murmúrame esas íntimas palabras

que en el silencio de la noche fingen,

en lo más escondido de mi mente,

cuchicheo de blancos serafines...

¿Verdad que he de encontrarme con mi muerta?

Si lo sabes, ¡por qué no me lo dices!

Junio, 2-12

IV100

El resto ¡qué es!

Tú eras la sola verdad de mi vida,

el resto ¡qué es!

Humo... palabras, palabras, palabras...

¡mientras la tumba me hace enmudecer!

Tú eras la mano cordial y segura

que siempre estreché

con sentimiento de plena confianza

en tu celeste lealtad de mujer.

Tú eras el pecho donde mi cabeza

se reposó bien,

oyendo el firme latir de la entraña

que noblemente mía sólo fue.

Tú lo eras todo: ley, verdad y vida...

El resto ¡qué es!

Junio, 4

V

Nihil novum...

¡Cuántos, pues, habrán amado

como mi alma triste amó...

y cuántos habrán llorado

como yo!

¡Cuántos habrán padecido

lo que padecí,

y cuántos habrán perdido

lo que perdí!

Canté con el mismo canto,

lloro con el mismo llanto

de los demás,

y esta angustia y este tedio,

ya los tendrán sin remedio

los que caminan detrás.

Mi libro sólo es, en suma,

gotícula entre la bruma,

molécula en el crisol

del común sufrir, renuevo

del Gran Dolor. ¡Nada nuevo

bajo el sol!

...Mas tiene cada berilo101

su manera de brillar,

y cada llanto su estilo

peculiar.

Junio, 10

VI

Por miedo

La dejé marcharse sola

...y, sin embargo, tenía

para evitar mi agonía,

la piedad de una pistola.

«¿Por qué no morir?» -pensé.

¿Por qué no librarme desta

tortura? ¿Ya qué me resta

después que ella se me fue?».

...Pero el resabio cristiano,

me insinuó con voces graves:

«¡Pobre necio, tú qué sabes!».

Y paralizó mi mano.

Tuve miedo... es la verdad;

miedo, sí, de ya no verla,

miedo inmenso de perderla

por toda una eternidad.

Y preferí -no vivir,

que no es vida la presente-,

sino acabar lentamente,

lentamente, de morir.

Junio, 11, 1912

VII

¡Cuántos desiertos interiores!

¡Cuántos desiertos interiores!

Heme aquí joven, fuerte aún,

y con mi heredad ya sin flores...

Némesis¹⁰² sopló en mis alcores¹⁰³

con bocanadas de simún¹⁰⁴.

De un gran querer, noble, fecundo,

sólo una trenza me quedó...

¡y un hueco más grande que el mundo!

Obra fue todo de un segundo.

¿Volveré a amar? ¡Pienso que no!

Sólo una vez se ama en la vida

a una mujer como yo amé;

y si la lloramos perdida

queda el alma tan mal herida,

que dice a todo: -«¡Para qué!».

Su muerte fue mi premoriencia¹⁰⁵,

pues que su vida era razón

de ser de toda mi existencia.

Pensarla, es ya mi sola ciencia...

¡Resignación! ¡resignación!

Junio, 13

VIII

Eso me basta

Este libro tiene muchos precedentes¹⁰⁶,

tantos como gentes

habrán sollozado

por un bien amado,

desaparecido,

por un gran amor extinguido.

Tal vez muchos otros lloraron mejor

su dolor que yo mi inmenso dolor,

quizás (como eran poetas mayores)

había en sus lágrimas muchos más fulgores...

Yo en mis tristes rimas no pretendo nada:

para mí es bastante

con que mi adorada,

para siempre ida,

detrás de mi hombro las lea anhelante

y diga: «Éste sí que es un buen amante

que nunca me olvida».

Junio, 10

IX

¡Qué bien están los muertos!107

¡Qué bien están los muertos,

ya sin calor ni frío,

ya sin tedio ni hastío!

Por la tierra cubiertos,

en su caja extendidos,

blandamente dormidos...

Qué bien están los muertos,

con las manos cruzadas,

con las bocas cerradas.

¡Con los ojos abiertos,

para ver el arcano

que yo persigo en vano!

¡Qué bien estás, mi amor,

ya por siempre exceptuada

de la vejez odiada!

Del verdugo dolor...

¡Inmortalmente joven,

dejando que te troven.

Su trova cotidiana

los pájaros poetas

que moran en las quietas

Tumbas, y en la mañana

donde la Muerte anida,

saludan a la vida!108

17 de Junio de 1912

X

Bon soir...

Donc, bon soir, mon mignon, et à demain!109

(Palabras que Ana me dejó escritas una noche en que tuvimos que separarnos).

¡Buenas noches, mi amor, y hasta mañana!

Hasta mañana, sí, cuando amanezca,

y yo, después de más de cuarenta años

de incoherente soñar, abra y estriegue

los ojos del espíritu,

como quien ha dormido mucho, mucho,

y vaya lentamente despertando,

y, en una progresiva lucidez,

ate los cabos del ayer de mi alma

(antes de que la carne la ligara)

y del hoy prodigioso

en que habré de encontrarme, en ese plano

en que ya nada es ilusión y todo

es verdad...

¡Buenas noches, amor mío,

buenas noches! Yo quedo en las tinieblas

y tú volaste hacia el amanecer...

¡Hasta mañana, amor, hasta mañana!

Porque, aun cuando el destino

acumulara lustro sobre lustro

de mi prisión por vida, son fugaces

esos lustros; sucedense los días

como rosarios, cuyas cuentas magnas

son los domingos...

Son los domingos, en que con mis flores,

voy invariablemente al cementerio

donde yacen tus formas adoradas.

¿Cuántos ramos de flores

he llevado a tu tumba? No lo sé.

¿Cuántos he de llevar? Tal vez ya pocos.

¡Tal vez ya pocos! ¡Oh, qué perspectiva

deliciosa!

¡Quizás el carcelero

se acerca con sus llaves resonantes

a abrir mi calabozo para siempre!110

¿Es por ventura el eco de sus pasos

el que se oye, a través de la ventana,

avanzar por los quietos corredores?

¡Buenas noches, amor de mis amores!

Hasta luego, tal vez... o hasta mañana.

Junio, 25, 1912

Pensamientos afines

Et j'ai vu quelquefois ce que l'homme a cru voir.

ARTURO RIMBAUD¹¹¹

Mourir «proprement», comme disait M. Farcot, simplement, dignement, paisiblement.
In pace, in idipsum, dormiam et requiescam.

LE P. HYACINTHE LOYSON¹¹²

¡Cuándo será que pueda,

libre de esta prisión volar al cielo!

FRAY LUIS DE LEÓN¹¹³

¡Oh, muerte, ven callada;

como sueles venir en la saeta!

ANÓNIMO SEVILLANO114

Cuando Dios, que al que llora recompensa,

se apiade al fin de lo que yo he sufrido,

en silencio me iré como he venido...

Quiero en la sombra entrar. Tengo una inmensa

necesidad de olvido.

ANTONIO ZARAGOZA115

Tous mes étonnements son finis sur la terre, tous mes adieux sont faits, l'âme est prête
à faillir pour atteindre à ses fruits protégés de mystère que la pudique mort a seule osé
cueillir.

MARCELINE DESBORDES-VALMORE116

I

Soneto

¡Qué son diez años para la vida de una estrella!

...Mas para el triste amante que encontró la mitad

de su alma en el camino, y se enamoró della,

diez años de connubio son una eternidad.

Diez años, cuatro meses y siete días, quiso

el Arcano, que encauza las vidas paralelas,

juntarnos, no en meloso y estulto paraíso,

sino en la comunión de las almas gemelas.

Conducidos marchamos

por un amor experto;

del brazo siempre fuimos,

y tal nos adoramos,

que... ¡no sé quién ha muerto,

o si los dos morimos!

Junio, 29 de 1912

II

Bendición a Francia

¡Bendita seas, Francia, porque me diste amor!

En tu París inmenso y cordial, encontré

para mi cuerpo abrigo, para mi alma fulgor,

para mis ideales el ambiente mejor

...¡y además una dulce francesa que adoré!117

Por esa mujer noble, tuyo es, Francia querida,

mi reconocimiento; pues que, merced a ella,

tuve todos los bienes: el gusto por la vida,

la intimidad celeste, la ternura escondida,

¡y la luz de la lámpara y la luz de la estrella!

Yo no sé qué demiurgo la sustrajo a mi anhelo

tras una amputación repentina y cruel,

y ya tú sola, Francia, puedes darme consuelo:

con un refugio amigo para llorar mi duelo,

tu maternal regazo para verter mi hiel,

la sombra de algún árbol en tu florido suelo...

¡y acaso, en tus colmenas, una gota de miel!

Julio 3 de 1912

III

Seis meses

¡Seis meses ya! ¡19 de muerta! Y en vano he pretendido

un beso, una palabra, un hálito, un sonido...

y, a pesar de mi fe, cada día evidencio

que detrás de la tumba ya no hay más que silencio...

Si yo me hubiese muerto, ¡qué mar, qué cataclismos,

qué vórtices, qué nieblas, qué cimas ni qué abismos

burlaran mi deseo febril y omnipotente

de venir por las noches a besarte en la frente,

de bajar con la luz de un astro zahorí,

a decirte al oído: «No te olvides de mí»!

Y tú, que me querías tal vez más que te amé,

callas inexorable, de suerte que no sé

sino dudar de todo, del alma, del destino,

¡y ponerme a llorar en medio del camino!120

Pues con desolación infinita evidencio

que detrás de la tumba ya no hay más que silencio...

Julio 7 de 1912

IV

Piedad

No porque está callada

y ya no te responde, la motejes;

no porque yace helada,

severa, inmóvil, rígida, la huyas;

no porque está tendida

y no puede seguirte ya, la dejes;

¡no porque está perdida

para siempre jamás, la sustituyas!

Julio 9 de 1912

V

Pobrecita mía

Bien sé que no puedes,

pobrecita mía,

venir a buscarme.

¡Si pudieras, vendrías!

Acaso te causan

dolor mis fatigas,

mis ansias de verte,

mis quejas baldías,

mi tedio implacable,

mi horror por la vida,

¡no puedes traerme consuelo!

¡Si pudieras, vendrías!

¡Qué honda, qué honda

debe ser la sima

donde caen los muertos,

pobrecita mía!

¡Qué mares sin playas,

qué noche infinita,

qué pozos danáideos¹²¹,

qué fieras estigias¹²²,

deben separarnos de los que se mueren

desgajando en dos

almas una misma,

para que no puedas venir a buscarme!

Si pudieras, vendrías...

Julio 11 de 1912

VI

Los muertos mandan

«Los muertos mandan», ¡sí, tú mandas, vida mía!

Si ejecuto una acción, digo: «¿Le gustaría?».

Hago tal o cual cosa, pensando: «¿Ella lo hacía!».

Busco lo que buscabas, lo que dejabas dejo,

amo lo que tú amabas, copio como un espejo

tus costumbres, tus hábitos... ¡Soy no más tu reflejo!

Julio 13 de 1912

VII

Lejanía

¡Parece mentira que hayas existido!

Te veo tan lejos...

Tu mirada, tu voz, tu sonrisa,

me llegan del fondo de un pasado inmenso...

Eres más sutil

que mi propio ensueño;

eres el fantasma de un fantasma,

eres el espectro de un espectro...

Para reconstruir tu imagen remota,

he menester ya de un enorme esfuerzo.

¿De veras me quisiste? ¿De veras me besabas?

¿De veras recorrías la casa, hoy en silencio?

¿De veras, en diez años, tu cabecita rubia

reposó por las noches, confiada, en mi pecho?

¡Ay, qué perspectivas ésas de la muerte!

¡Qué horizontes tan bellos!

Cuál os divinizan, ¡oh, difuntas jóvenes,

con sus lejanías llenas de misterio!¹²³

¡Qué consagraciones tan definitivas

las que da el Silencio...

cuál os vuelve míticas, casi fabulosas!

¿Qué tristes mujeres de carne y de hueso,

con sus pobres encantos efímeros,

podrían venceros?

Tenéis un augusto prestigio de estatua,

y por un fenómeno de rareza lleno,

mientras más distantes más imperiosas

vais agigantándoos en el pensamiento.

Julio 17 de 1912

VIII

Huelga de células

Este concurso de células,

unánimes en su intento

misterioso de que dure

la intensa vida en mi cuerpo¹²⁴;

esos miles de millones

de pequeñitos cerebros,

que, con una disciplina

admirable en el esfuerzo,

se dividen el trabajo

de mis órganos diversos,

y mantienen el fenómeno

de mi existir en el tiempo,

un día, quizá cercano

(mañana, tal vez hoy mismo),

han de declararse en huelga,

porque en el reloj eterno

sonó el instante...

¡Qué júbilo

entonces el del colegio

aquél, más de cuarenta años

a mi espíritu sujeto!

¡Qué alegría en el cotarro

innúmero y turbulento!

Cada grupo ha de tirar,

por su lado, con estruendo:

-¡Vuelvo a la rosa!, dirá

uno; y otro: -¡Al aire vuelvo!;

y otro: -¡Al agua!; y otro: -¡Al barro!¹²⁵;

y otro: -¡Al carbón!¹²⁶; y otro: -¡Al hierro!;

y otro: -¡A la cal!; y otro: -¡Al fósforo!;

y otro: -¡A la mar!; y otro: -¡Al cielo!

Y mi espíritu, entretanto,

verá feliz, sonriendo,

la disociación bendita

que restituye al Acervo

lo prestado...

Mas, de pronto,

movido por el recuerdo

más hondo, más persuasivo,

más amante, más inmenso,

se preguntará a sí mismo:

-Bien, y yo, ¿adónde me vuelvo?

-¡A mis brazos! -gritará

en la eternidad tu acento...

Y cuando los dos, fundidos

en una sola alma estemos,

el océano infinito

nos absorberá en silencio...

Julio 21 de 1912

IX

Pero te amo

Yo no sé nada de la vida,

yo no sé nada del destino,

yo no sé nada de la muerte;

¡pero te amo!

Según la buena lógica, tú eres luz extinguida;

mi devoción es loca, mi culto desatino,

y hay una insensatez infinita en quererte;

¡pero te amo!

Julio 24 de 1912

X

Vivir sin tus caricias es mucho desamparo;

vivir sin tus palabras es mucha soledad;

vivir sin tu amoroso mirar, ingenuo y claro,

es mucha obscuridad...

Julio 25 de 1912

Pensamientos afines

...L'homme est capable de culbuter toutes les résistances et de franchir bien des obstacles et même peut-être la mort.

BERGSON127

Soy un cadáver: ¿cuándo me entierran?

Soy un ausente: ¿cuándo me voy?

DÍAZ MIRÓN128

On n'emporte en mourant que ce qu'on a donné.

EMILE DESCHANEL129

Le silence éternel de ces espaces infinis, m'effraie.

PASCAL (Pensées)130

Un désespoir paisible et sans reproches au ciel est la sagesse même.

ALFRED DE VIGNY (Journal, 1824)131

Un seul être vous manque et tout est dépeuplé.

LAMARTINE132

Si agradable descanso, paz serena,

la muerte, en traje de dolor, envía

señas, da su desdén de cortesía:

más tiene de caricia que de pena.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO133

Si nous avons l'oreille fine, nous pouvons entendre la chute de nos instants dans le néant, comme un vase qui se vide goutte à goutte.

HENRI BORDEAUX (Deux méditations sur la mort)134

I

Por esta selva...

Por esta selva tan espesa,

donde nunca el sol penetró,

buscando voy una princesa

que se me perdió.

Entre los árboles copudos,

entre las lianas verdinegras

que trepan por los desnudos

troncos, como las culebras;

entre las rocas de hosquedad

hostil y provocativa

y la pavorosa soledad

y la penumbra esquivada,

buscando voy una princesa

rubia como la madrugada¹³⁵,

que ha partido y que no regresa

de esta espesura malhadada.

Dicen que al fin de aquella ruta,

que bordan el ciprés y el enebro,

hay una reina muy enjuta

que mora en un castillo muy negro;

que guarda en fieros torreones

otras princesas como la mía,

y que es sorda a las rogaciones

del desamparo y de la agonía.

...Mas, acaso si yo pudiese

ver a la reina, y su huella

seguir astuto, al cabo diese

con el castillo negro... ¡y con Ella!

Pero el más seguro instinto

no se sentiría capaz

de guiarse por el laberinto

de esta penumbra pertinaz.

Es que el espíritu presiente

algo fatal que se avecina,

y en que acaso es más imponente

que lo que vemos claramente

lo que tan sólo se adivina.

Heme aquí, pues, con l'alma opresa

en medio de la obscuridad,

enamorado de una princesa

que se perdió en la selva espesa

tal vez por una eternidad.

Julio 31 de 1912

II

El viaje

Para calmar a veces un poco el soberano,

el invencible anhelo de volverte a mirar,

me imagino que viajas por un país lejano

de donde es muy difícil, ¡muy difícil!, tornar.

Así mi desconsuelo, tan hondo, se divierte;

doy largas a mi espera, distraigo mi hosco esplín,

y, pensando en que tornas, en que ya voy a verte,

un día, en cualquier parte, me cogerá la muerte

y me echará en tus brazos, ¡por fin!, ¡por fin!, ¡por fin!

Agosto 2 de 1912

III

Sin rumbo

Por diez años su diáfana existencia fue mía.

Diez años en mi mano su mano se apoyó,

¡...y en sólo unos instantes se me puso tan fría,

que por siempre mis besos congeló!

¡Adónde iréis ahora, pobre nidada loca

de mis huérfanos besos, si sus labios están

cerrados, si hay un sello glacial sobre su boca,

si su frente divina se heló bajo su toca,

si sus ojos ya nunca se abrirán!

Agosto 14 de 1912

IV

Después...

Después de aquella brava agonía,

ya me resigno... ¡sereno estoy!

Yo, que con ella, nada pedía,

hoy, ya sin ella, sólo querría

ser noble y bueno... ¡mientras me voy!

En su bendito nombre, que adoro,

ser noble y bueno, y al expirar,

poder decirme: «¡Nada atesoro:

di toda mi alma, di todo mi oro,

di todo aquello que pude dar!».

Desnudo torno como he venido;

cuanto era mío, mío no es ya:

como un aroma me he difundido,

como una esencia me he diluido;

y, pues que nada tengo ni pido,

¡Señor, al menos vuélvemela!

Agosto 20 de 1912

V

¡Oh muerte!

Muerte, ¡cómo te he deseado!

¡con qué fervores te he invocado!

¡con qué anhelares he pedido

a tu boca su beso helado!

¡Pero tú, ingrata, no has oído!

¡Vendrás, quizás, con paso quedo

cuando de partir tenga miedo,

cuando la tarde me sonría

y algún ángel, con rostro ledo¹³⁶,

serene mi melancolía!

Vendrás, quizás, cuando la vida

me muestre una veta escondida

y encienda para mí una estrella.

¡Qué importa! Llega, ¡oh, Prometida!:

¡siempre has de ser bienvenida,

pues que me juntarás con ELLA!

Agosto 22 de 1912

VI

Alquimia

Bien sé que para verte

he menester la alquimia de la muerte

que me trasmute en alma, y delirante

de amor y de ansiedad, a cada instante

que llega, lo requiero

diciéndole: «¡Ah!, ¡si fueses tú el postrero!».

Es tan desmesurado, tan divino

y tan hondo el futuro que adivino

a través de las rutas estelares,

y de uno en otro de los avatares,

siempre contigo, noble compañera,

que por poder morir, ¡ay, qué no diera!

Agosto 24 de 1912

VII

Diálogo

EL DESALIENTO

¡Por qué empeñarse en buscar

a quien se quiere esconder!

Si Dios no se deja ver,

alma, ¿cómo le has de hallar?

...Y aun pretendes lograr

que esa esfinge que se esconde

y calla te diga dónde

recobrarás a tu muerta¹³⁷.

¡Ilusa, llama a otra puerta,

que en ésta nadie responde!

LA ESPERANZA

Hay que empeñarse en buscar

a quien se quiere esconder.

Si Dios no se deja ver,

alma, le tienes de hallar

por fuerza¹³⁸.

Y has de lograr

que esa esfinge que se esconde

y calla te diga dónde

recobrarás a tu muerta.

¡Si la Fe llama a una puerta,

el Amor siempre responde!

Septiembre 20 de 1912

VIII

Tal vez

Tal vez ya no le importa mi gemido

en el indiferente edén callado

en que el espíritu desencarnado

vive como dormido...

Tal vez ni sabe ya cómo he llorado

ni cómo he padecido.

En profundo quietismo,

su alma, que antes me amara de tal modo,

se desliza glacial por ese abismo

del eterno mutismo,

olvidada de sí, de mí, de todo...

Septiembre 30 de 1912

IX

Lux perpetua

Si ha de ser condición de mi dicha el olvido

de ti, quiero estar triste siempre (como he vivido).

Prefiero la existencia más árida y doliente

al innoble consuelo de olvidar a mi ausente.

Por lo demás, ¿qué tengo sin ti de cosa propia,

que me halague o sonría en esta dura inopia,

ni qué luz en mis noches me quedará, si pierdo

también la lamparita cordial de tu recuerdo!

Octubre 2 de 1912

Pensamientos afines
Il-n'y-a pas de morts.

MAETERLINCK139

Les voies de la mort sont apaisantes et sereines.

HENLEY140

E, cuando noi cominciamo ad aprire gli occhi sul visibile, già eravamo da tempo aderenti all'invisibile.

G. D'ANNUNZIO (Contemplazione della Morte)141

Celui qui croit vaut mieux, pèse davantage, contient plus de vie que celui qui doute. Sil se trompe, tant pis: c'est de la forcé gaspillé; du moins, c'est de la force.

JACQUES RIVIÈRE142

La science nous donne la télégraphie, la lumière électrique, la medecine. La Religion sous telle de ses formes, nous donne la sérénité, l'équilibre, moral, le bonheur.

ÉMILE BOUTROUX143

I

Un signo...

Eternidad: ¡devuélveme lo que me has sustraído!

Abismo: ¡restitúyeme lo que sorbió tu hondura!

Esfinge: ¡abre tu oído!144

¡Compadécete ya, Noche obscura!

Oye mi imploradora

voz, ¡oh Isis!, desgarras tu capuz

...y tú, lucero ignoto¹⁴⁵ en que Ella mora,

¡por piedad, hazme un signo de luz!

Octubre 16 de 1912

II

¿Por qué?

¿Por qué tú que me amabas con esa multiforme

solicitud celeste, me dejas hoy? ¿Por qué

no acudes a mis lágrimas?

-Es un misterio enorme.

-Es un misterio enorme... ¡pero yo lo sabré!

Octubre 22 de 1912

III

Eternidad

¡La muerte! ¡Allí se agota todo esfuerzo,

allí sucumbe toda voluntad!

¡La Muerte! ¡Lo que ayer fue nuestro Todo,

hoy sólo es nuestra Nada!... ¡Eternidad!

¡Silencio!... El máximo silencio

que es posible encontrar.

¡Silencio!... ¡Ultra-silencio,

y no más! ¡Oh, no más!

¡Ni una voz en la noche

que nos pueda guiar!

Ana, razón suprema de mi vida,

¿dónde estás, dónde estás, dónde estás?

Se abisma en el abismo el pensamiento,

se enlobreguece al fin todo mirar

en esta lobreguez inexorable,

y desespera, a fuerza de esperar,

la más potente de las esperanzas.

¡Eternidad, eternidad!

Octubre 23 de 1912

IV

El encuentro 146

¿Por qué permaneciste siempre sorda a mi grito?

¡Dios sabe cuántas veces, con amor infinito,

te busqué en las tinieblas, sin poderte encontrar!

...Hoy -¡por fin!- te recobro: todo, pues, era cierto...

¡Hay un alma! ¡Qué dicha! No es que sueñe despierto...

¡Te recobro! ¡Me miras y te vuelvo a mirar!

-Me recobras, amigo, porque ya eres un muerto:

De fantasma a fantasma nos podemos amar.

Octubre 29 de 1912

V

Impaciencia

Soy un viajero que tiene prisa

de partir.

Soy un alma impaciente e insumisa,

que se quiere ir.

Soy un ala que trémula verbero...

¿Cuándo vas, oh Destino, a quitar

de mi pie tu grillete de acero

y -¡por fin!- a dejarme volar?

Octubre 31 de 1912

VI

Dilema

O no hay alma, y mi muerta ya no existe

(conforme al duro y cruel «polvo serás»),

...o no puede venir, y está muy triste;

pero olvidarse de mi amor, ¡jamás!

Si de lo que ella fue sólo viviese

un átomo consciente, tras la fría

transmutación de los sepulcros, ¡ese

átomo de conciencia me amaría!

Noviembre 1.º de 1912

VII

7 de noviembre (1912)

La noche en que estaba tendida -hoy hace diez meses- era la noche última que iba a pasar en su casa, bajo nuestro techo acogedor. ¡En su casa, donde siempre había sido el alma y la luz y todo! ¡En su casa, donde la adorábamos con la más vieja, noble y merecida ternura; donde cuanto la rodeaba era suyo, afectuosamente suyo!

...¡Y habría que echarla fuera al día siguiente! Fuera, como a una intrusa... Fuera en pleno invierno, entre el trágico sollozar de los cierzos. Y habría que alejarla de nosotros como a una cosa impura, nefanda; ¡que esconderla en un cajón enlutado y hermético!, y llevarla lejos, por el campo llovido, por los barrizales infectos, para meterla en un agujero sucio y glacial. ¡A ella, que había disfrutado por más de diez años la blancura

tibia de la mitad de mi lecho! ¡A ella, que había tenido mi hombro viril y seguro como almohada de su cabecita luminosa! ¡A ella, que vio mi solicitud tutelar encendida siempre como una lámpara sobre su existencia!

Oh, Dios, dime si sabes de una más despiadada angustia, y si no merezco ya que brille para mí tu misericordia!...

Noviembre 15 de 1912

VIII

La santidad de la muerte

La santidad de la muerte

llenó de paz tu semblante,

y yo no puedo ya verte

de mi memoria delante

sino en el sosiego inerte

y glacial de aquel instante.

En el ataúd exiguo,

de ceras a la luz fatua,

tenía tu rostro ambiguo

quietud augusta de estatua

en un sarcófago antiguo.

Quietud con yo no sé qué

de dulce y meditativo;

majestad de lo que fue;

reposo definitivo

de quién ya sabe el porqué.

Placidez honda, sumisa

a la Ley; y en la gentil

boca breve, una sonrisa enigmática,

sutil, iluminando indecisa

la tez color de marfil.

A pesar de tanta pena

como desde entonces siento,

aquella visión me llena

de blando recogimiento¹⁴⁷

y unción... como cuando suena

la esquila de algún convento

en una tarde serena...

Pensamientos afines

La mort n'arrive qu'une fois et se fait sentir à tous les moments de la vie: il est plus dur de l'apprehender que de la souffrir.

LA BRUYÈRE¹⁴⁸

C'est l'amour qui, à la fin, aura raison...

A. NERVO

Una muerte pronta es la ventura suprema de la vida.

PLINIO149

Si tuviese fuerza bastante para sostener la pluma, escribiría lo fácil y delicioso que es morir.

WILLIAM HUNTER (Últimas palabras)150

La douleur seule entre assez avant dans l'âme pour l'agrandir. Elle y réveille des sentiments qu'on n'avait point encore soupçonnés. Il y a dans l'âme des places très élevées où dort la vitalité et que la douleur seule peut atteindre.

BLANC SAINT-BONNET151

Au fond, rien n'est perdu d'un passé, même effacé; «inconscient» n'équivaut pas à «inexistant», mais à «inéfficace»...

J. DESAYMARD (La Pensée d'Henri Bergson)152

Le passé: Autant que le Présent, bien plus que l'Avenir, il est tout entier dans notre pensée et constamment dans notre main... «Le passé est passé» disons-nous; et cela n'est pas vrai; le passé est toujours présent.

MAETERLINCK (Le temple enseveli)153

Rien ne m'est plus, plus ne m'est rien.

(Divisa de VALENTINA DE MILÁN)154

Et pourquoi le monde ne se composerait-il pas de sphères de réalités climats, mais interférentes, si bien que nous ne pourrions, nous, l'apprehender qu'en usant alternativement des différents symboles et en prenant des attitudes diverses?

EMILE BOUTROUX155

I

Impotencia

Señor, piedad de mí porque no puedo

consolarme... Lo intento, mas en vano.

Me sometí a tu ley porque eras fuerte:

¡El fuerte de los fuertes!... Pero acaso

es mi resignación sólo impotencia

de vencer a la Muerte, cuyo ácido

ósculo corrosivo,

royendo el corazón que me amó tanto,

royó también mi voluntad de acero...

¡La Muerte era titánica; yo, átomo!

¡Señor, no puedo resignarme, no!

¡Si te digo que ya estoy resignado,

y si murmuro fiat voluntas tua¹⁵⁶,

miento, y mentir a Dios es insensato!

¡Ten piedad de mi absurda rebeldía!

¡Que te venza, Señor, mi viril llanto!

¡Que conculque tu ley tu piedad misma!...

Y revive a mi muerta como a Lázaro,

o vuélveme fantasma como a ella,

para entrar por las puertas del Arcano

y buscar en el mundo de las sombras

el deleite invisible de sus brazos.

Noviembre 16 de 1912

II

Bendita...

Bendita seas, porque me hiciste

amar la muerte, que antes temía.

Desde que de mi lado te fuiste,

amo la muerte cuando estoy triste;

si estoy alegre, más todavía.

En otro tiempo, su hoz glacial

me dio terrores; hoy, es amiga.

¡Y la presiento tan maternal!...

Tú realizaste prodigio tal.

¡Dios te bendiga! ¡Dios te bendiga!

Noviembre 19 de 1912

III

Al encontrar unos frascos de esencia

¡Hasta sus perfumes duran más que ella!

Ved aquí los frascos, que apenas usó,

y que reconstruyen para mí la huella

sutil que en la casa dejó...

Herméticamente encerrada

la esencia en sus pomos, no se escapará

...Mientras que el espíritu de mi bien amada,

más imponderable, más tenue quizá,

voló de sus labios, redoma encantada,

¡y en dónde estará!

Diciembre 1.º de 1912

IV

Señuelo

La Muerte nada quiere con los tristes.

Subrepticia y astuta,

aguarda a que riamos

para abrirnos la tumba

y, con su dedo trágico, de pronto

señalarnos la húmeda

oquedad, y empujarnos brutalmente

hacia su infecta hondura.

Mas yo tengo tal gana de que venga,

que voy a ser feliz para que acuda,

para que sea mi reír señoelo,

y ella caiga en la trampa de venturas

ruidosas, que en el fondo son tristezas...

¿La engañaré? ¡Quizá, si tú me ayudas

desde la eternidad, oh inmarcesible

amada, oh novia única,

cuyos besos de sombra

he de reconquistar, pese a la Enjuta

que te mató a mansalva hace once meses,

¡dejando a un infeliz por siempre a oscuras!

Diciembre 7 de 1912

V

Yo no debo irme...

Yo no debo irme; tengo de esperar

hasta que la muerte me venga a llamar.

¡Tengo de esperar!

¡Cuánto tarda, cuánto!

...Pero el tiempo corre

y a veces escucho, cerca de mi torre,

entre las tinieblas, cauteloso andar

...Mucho tarda, pero tiene de llegar.

Rejas insidiosas, rejas que vedáis

para mí la vida, que cuadriculáis

para mí los aires; impasibles rejas,

duras a mis dedos, sordas a mis quejas;

habrán de limaros mis firmes anhelos,

y quizá una noche me abriréis los cielos.

Mucho, tal vez mucho, tengo de esperar,

pero al fin la muerte me vendrá a llamar.

Diciembre 10 de 1912

VI

Resurrección157

Yo soy tan poca cosa, que ni un dolor merezco...

Mas tú, Padre, me hiciste merced de un gran dolor.

Ha un año que lo sufro, y un año ya que crezco

por él en estatura espiritual, Señor.

¡Oh, Dios, no me lo quites! Él es la sola puerta

de luz que yo vislumbro para llegar a Ti.

Él es la sola vida que vive ya mi muerta:

mi llanto, diariamente, la resucita en mí.

Diciembre 26 de 1912

VII

¡Reyes!158

¡Oh Reyes!, me trajisteis hace un año un presente

excepcional: un gran dolor.

Fuisteis conmigo pródigos, cual monarcas de Oriente,

Baltasar, Gaspar y Melchor.

Durante las tristísimas horas de vuestra noche,

terribles horas de expiación,

mi solo bien, mi frágil azucena, su broche

plegaba ya sin remisión.

Todo fue inútil: llanto, plegarias. Y al siguiente

día, vi agostarse mi flor.

Fuisteis conmigo pródigos, monarcas de Oriente;

vuestros tres dromedarios trajéronme el presente

más grande, ¡oh Baltasar!, ¡oh Gaspar!, ¡oh Melchor!

Enero 6 de 1913

VIII

Hasta muriéndote

Hasta muriéndote me hiciste bien,

porque la pena de aquel edén

incomparable que se perdió,

trocando en fuego¹⁵⁹ mi vieja rima,

llevó mis ímpetus hacia la cima,

pulió mi espíritu como una lima

y como acero mi fe templó.

Hoy, muy dolido, mas ya sereno,

por ti quisiera ser siempre bueno;

de los que sufren tengo piedad;

en mi alma huérfana sólo Dios priva,

nada mi vuelo mental cautiva,

y es mi esperanza cual siempre viva

que se abre a un beso de eternidad.

Enero 13 de 1913

IX

¡Qué importa!

¡Qué importa que no sepas cómo te sigo amando

más allá del sepulcro, si lo sé yo con creces!

¡Qué importa que no escuches cómo estoy sollozando

si escucho mi sollozo yo, que soy tú dos veces!

Febrero 5 de 1913

Pensamientos afines

En mettant les choses aux mieux, notre vie est comme un enfant revêche qu'il faut amuser sans cesse, si l'on veut qu'il reste tranquille, jusq'au moment où il s'endort; et c'est la fin de nos soucis.

FRÉDÉRIC LOCKER LAMPSON¹⁶⁰

...Todos los seres proceden del mismo espíritu, que tiene diversos nombres: justicia, amor o sabiduría, en sus diversas manifestaciones, como el océano recibe otros nombres cuando baña otras riberas.

EMERSON¹⁶¹

La grandeur de l'homme se mesure à celle des mystères qu'il cultive ou devant lesquels il s'arrête.

MAETERLINCK (La Mort)¹⁶²

Puesto que hemos tenido el privilegio de existir, hemos tenido el privilegio de entrar de lleno en el misterio del universo, y somos forzosamente una porción -por pequeña que sea- de ese misterio.

A. N.

Il sait (le mystique) que l'univers entier, aussi bien que lui même, est en sécurité entre les mains paternelles de son Dieu. Il a l'intuition que tous seront sauvés, en dépit des

portes de l'enfer et de toutes les apparences contraires.

WILLIAM JAMES (L'Expérience Religieuse. Trad. de F. Abunzit)163

...Où est Dieu, les ruines et les naufrages ne son jamais définitifs.

LOID164

There is no room for death.

EMILY BRÖNTE165

...Et les baisers de moins et les rides de plus!

VÍCTOR HUGO166

I

Bienaventurados167

Bienaventurados,

bienaventurados,

los dignificados

por la dignidad glacial de la muerte;

los invulnerables ya por los hados168,

¡una y misma cosa ya con el Dios fuerte!

¡Bienaventurados!

Bienaventurados los que destruyeron

el muro ilusorio de espacio y guarismos;

los que a lo absoluto ya por fin volvieron;

los que ya midieron todos los abismos.

Bienaventurada, dulce muerta mía,

a quien he rezado como letanía

de fe, poesía

y amor, estas páginas... que nunca leerás.

Por quien he vertido, de noche y de día,

todas estas lágrimas... que no secarás.

Marzo 15 de 1913

II

Quedamente...

Me la trajo quedo, muy quedo, el Destino,

y un día, en silencio, me la arrebató;

llegó sonriendo; se fue sonriente;

quedamente vino;

vivió quedamente;

queda... ¡quedamente desapareció!

Abril 25 de 1913

III

El que más ama...

Si no te supe yo comprender,

si alguna lágrima te hice verter,

bien sé que al cabo perdonarás

con toda tu alma... ¡Qué vas a hacer!

¡El que más ama perdona más!

Abril de 1913

IV

¡Si pudiera ser hoy!...

Como verte es el único ideal que persigo,

sin vivir en mí estoy,

y muriendo del ansia de reunirme contigo,

cada día me digo: «¡Si pudiera ser hoy!».

Abril 28 de 1913

V

Perdón

Perdóname, Ideal, para que pueda

irme en paz al venir mi última hora...

Es tan dulce el perdón: ¡prerrogativa

de los Dioses! Perdóname, Inmortal:

«El que todo lo sabe lo perdona

todo», y hoy, Ideal, todo lo sabes

con la sabiduría de la muerte.

Que tu perdón en mi alma se derrame

como un rayo de luna en el silencio

de una mística noche...

Que caiga como pétalos de lirio

sobre el hondo cansancio de mi vida.

Perdóname, Ideal, para que pueda

morir en paz.

Junio 4 de 1913

Pensamientos afines

O mon Dieu, je reviens d'un long voyage amer

où j'ai laissé mon coeur, et d'où je ne rapporte

que stériles regrets d'avoir tenté la mer.

Mon ivresse est tombée et ma superbe est morte;

l'universel ennui creuse son nid en moi;

l'espoir, sans s'arrêter passe devant ma porte;

Le jour quand il renaît m'inspire de l'effroi;

la nuit roule sur moi pleine d'horreur glacée;

je marche comme en rêve et sans savoir pourquoi.

LOUIS LE CARDONNEL¹⁶⁹

Nous sommes des êtres invisibles.

MAETERLINCK (Le Tresor des humbles)¹⁷⁰

Une parole mystique peut seule par moments représenter un être humain.

MAETERLINCK (idem)¹⁷¹

PEPIN.- Quel est le sommeil de ceux qui son éveillés?

ALCUIN.- L'Esperance.

(Disputatio. Documento del tiempo de Carlo Magno)172

La muerte es una ley: no es un castigo.

SÉNECA173

I

La aparición174

Cristo dijo que allí donde nos reuniésemos en su nombre estaría él en medio de nosotros. No es, pues, extraño que aquella noche misteriosa en que hablábamos de Él con unción cordial, de su inmensa alma diáfana, de su ternura grande como el universo, de su espíritu de sacrificio incomparable, del sabor místico de su caridad, que nos penetra y nos envuelve, Él se presentara de pronto, suavemente, en el corro.

Cristo dijo que allí donde nos reuniésemos en su nombre estaría él en medio de nosotros. No es, pues, extraño que aquella noche misteriosa en que hablábamos de Él con unción cordial, de su inmensa alma diáfana, de su ternura grande como el universo, de su espíritu de sacrificio incomparable, del sabor místico de su caridad, que nos penetra y nos envuelve, Él se presentara de pronto, suavemente, en el corro.

Lejos de sorprendernos, su aparición divina nos pareció natural. Quizá no se trataba propiamente de una aparición; más bien le sentíamos dentro de nosotros; pero la realidad de su presencia era absoluta, imponente, superior a toda convicción.

En vez de turbarnos, experimentamos todos un bienestar infinito.

Cristo nos bendijo y, sonriéndonos, con aquella indecible sonrisa, nos preguntó:

-¿Qué deseáis que os dé antes de volver al Padre?

-Señor -dijo Rafael-, deseo que me perdones mis pecados.

-Perdonados están -respondió Jesús, siempre sonriendo.

-Yo, Señor -dijo Gabriel-, ansío estar contigo...

-Pronto estarás -replicó Cristo amorosamente-. Y tú -me preguntó- ¿qué quieres, hijo?

Iba a decirle algo de mi muerte; pero no sé por qué, al ver la expresión divina de su rostro, comprendí que no era preciso decirle nada; que los muertos estaban en paz en su seno, junto a su corazón, y que todas las cosas que sucedían eran paternalmente dispuestas o reparadas.

-¿Qué anhelas, hijo? -repitió Jesús, y yo respondí:

-Señor, ¿qué puedo anhelar si todo está bien? Yo sólo deseo que se haga en mí tu voluntad...

Cristo me miró con ternura (¡qué mirada de éxtasis!); pasó su mano traslúcida por mis cabellos...

Después se alejó sonriendo como había venido.

II

Tanatofila

¡Oh, Muerte, en otros días, que recordar no puedo

sin emoción profunda, te tenía yo miedo!...

En medio de la noche, incapaz de dormir,

clamaba congojado: «Yo tengo que morir...

¡Yo tengo que morir irremisiblemente!».

Y sudores glaciales empapaban mi frente.

¿A quién tender la mano ni de quién esperar?

Estaba solo, solo de la vida en el mar...

Tenía un formidable aislador: la pobreza,

y ningún seno d'hembra brindaba a mi cabeza

febril una almohada.

Estaba solo, solo; ¿de quién esperar nada?

.....

Mas pasaron los años, y un día, una chiquilla

bondadosa me quiso. ¡Era noble, sencilla;

la fortuna la había tratado con rigor:

nos unimos... y, juntos, nos hallamos mejor!

Entonces, si la muerte volvía, con su quedo

andar, yo le tenía ya mucho menos miedo.

Buscaba, despertando, la diestra tan leal

de mi amiga, y con ímpetu resuelto, fraternal,

la estrechaba, pensando: «¡Con ella nada temo!».

Con tal de marchar juntos, ¿qué importan tu supremo

horror y tus supremos abismos, oh callada

Eternidad?... Con ella no temo nada, nada.

¿El infierno? -¡El infierno será donde ella falte!

¿Y el cielo? -Pues donde ella se encuentre...

Que me exalte

o me deprima tanto como quiera mi estrella:

¿Qué importa, si desciendo y asciendo yo con ella?

¿Qué más me dan las hondas negruras del Arcano,

si voy por los abismos cogido de su mano?

.....

¡Pero tanta ventura enojó a no sé quién

en las tinieblas, y una hoz me segó mi bien!

Una garra de sombra, solapando su dolo,

me la mató... ¡y entonces me volví a quedar solo!

Solo, pero con una soledad más terrible

que antes.

Sollozando, buscaba a la Invisible

y pedía piedad a lo desconocido;

abriendo bien los ojos y aguzando el oído,

en un mutismo trágico, pretendía escuchar

siquiera una palabra que me hiciese esperar...

Mas no plugo a la Esfinge responder a mi grito,

y ante el inexorable callar del Infinito

(tal vez indiferente, tal vez hosco y fatal)

escondí en lo más hondo del corazón mi mal,

y apático y ayuno de deseo y de amor,

entré resueltamente dentro de mi Dolor

como dentro de una gran torre silenciosa...

Mis pobres Rimas fieles me decían: «Reposa,

y luego, con nosotras, canta el mal que sufriste;

ven, duerme en nuestro dulce regazo, no estés triste.

¡Aún hay muchas cosas que cantar..., cobra fe!».

Y yo les respondía: «¡Para qué! ¡para qué!»¹⁷⁵.

...Mas ellas insistían; en mi redor volaban,

y como eran las únicas que no me abandonaban,

acabé por oírlas...

Un libro, gota a gota,

se rezumó, con lágrimas y sangre, de la rota

entraña; un haz de rimas brotó para el Lucero

inaccesible, un libro de tal suerte sincero,

tan íntimo, tan hondo, que si desde su fría

quietud ella lo viese... me lo agradecería.

Después de haberlo escrito, quedé más resignado,

como si en su fiel ánfora hubiese yo vaciado

todo lo crespo y turbio de mi dolor presente,

dejando en l'alma sólo la linfa transparente,

el caudal cristalino, diáfano, de mi pena,

profundo cual la noche, cual la noche serena.

Y aquel fantasma negro, que miraba temblando

yo antes, blandamente se fue transfigurando...

En la pálida faz del espectro indecisa

como un albor naciente, brotaba una sonrisa;

brotaba una sonrisa tan cordial, de tal suerte

hospitalaria, que me pareció la Muerte

más madre que las madres; su boca, ayer horrible,

más que todas las bocas d'hembras apetecible;

sus brazos, más seguros que todos, los regazos...

¡Y acabé por echarme, como un niño, en sus brazos!

Hoy, ella es la divina barquera en quien me fío;

con ella, nada temo; con ella, nada ansío.

En su gran barca d'ebano, llena de majestad,

me embarcaré tranquilo para la Eternidad.

Junio de 1913

III

Restitución

¿Encontrará la ciencia las almas de los muertos

un día, y a la angustia y el llanto que los van

buscando, del Enigma por los limbos inciertos,

responderá la boca del abismo: «Aquí están»?

¿Descubriremos ondas etéreas que transmitan

a los desaparecidos la voz de nuestro amor,

y habrá para lo que ellos decimos necesitan

algún maravilloso y oculto receptor?

¡Oh milagro, tu sola perspectiva nos pasma!

Pero ¿qué hay imposible para la voluntad

del hombre, que a su antojo tenaz todo lo plasma?

¡Ante el imperativo del genio, mi fantasma

tendrás que devolverme por fuerza, Eternidad!

Enero 9 de 1914

IV

Buscando

Entre el dudoso cortejo

de sombras, peregrinando

voy, una sombra buscando.

En el místico reflejo

de la noche constelada,

quiero hallar una mirada.

Asir anhela mi oído

una voz que se ha extinguido

entre los ecos lejanos.

Al pasar por un jardín,

finge el roce de un jazmín

la caricia de sus manos.

¡Oh sombra, mirada, voz,

manos!; el vórtice atroz

de la eternidad callada

os sorbió. ¡Triste de mí,

que no tengo nada, nada;

que ya todo lo perdí!

Enero 18 de 1914

V

Indestructible

Bien ves, si me estás mirando,

que desde que te perdí,

mi vida se va pasando

piadosamente pensando

en ti;

que incólume, sin desgaste,

¡oh Ideal!, has de vivir

en el alma en que anidaste,

y que lo que edificaste

ni Dios lo querrá destruir.

Febrero 2 de 1914

VI

La bella del bosque durmiente

Tu amada muerta es como una princesa que duerme.
Su alma, en un total olvido de sí mismo, flota en la noche.

Mas, si tú persistes en quererla,
un día esta persistencia de tu amor la recordará.

Su espíritu tornará a la conciencia de su ser, y sentirás en lo íntimo de tu cerebro el suave latido de su despertar y el influjo inconfundible de su vieja ternura que vuelve...

Comprenderás entonces, merced a estos signos misteriosos, que una vez más el amor ha vencido a la muerte.

Febrero 9 de 1914

VII

«E dov' ella? De súbito dis'io»

DANTE: Paraíso176

Si tras el negro muro de granito

de la muerte hay un mundo, un más allá,

al cruzar el dintel del infinito

mi pregunta primer, mi primer grito,

ha de ser: «Y ella, y ella, ¿dónde está?».

Y una vez que te encuentre, penetrado

de una inmensa y sublime gratitud

para quien quiso fuera de ti amado

y me permite haberte recobrado,

¡a qué pedir más beatitud!

Enero 10 de 1915

VIII

Los muertos

El paraíso existe;

pero no es un lugar (cual la creencia

común pretende) tras el hosco y triste

bregar del mundo; el paraíso existe;

pero es sólo un estado de conciencia.

Los muertos no se van a parte alguna,

no emprenden al azul remotos viajes,

ni anidan en los cándidos celajes,

ni tiemblan en los rayos de la luna...

Son voluntades lúcidas, atentos

y alados pensamientos

que flotan en redor, como diluidos

en la sombra; son límpidos intentos

de servirnos en todos los momentos;

son amores custodios, escondidos.

Son númenes propicios que se escudan

en el arcano, mas que no se mudan

para nosotros; que obran en las cosas

por nuestro bien; son fuerzas misteriosas,

que, si las invocamos, nos ayudan.

¡Feliz quien a su lado

tiene el alma de un muerto idolatrado

y en las angustias del camino siente,

sutil, mansa, impalpable, la delicia

de su santa, caricia,

como un soplo de paz sobre la frente!

Enero 18 de 1915

IX

Sólo tú...177

Cuando lloro con todos los que lloran,

cuando ayudo a los tristes con su cruz,

cuando parto mi pan con los que imploran,

eres tú quien me inspira, sólo tú.

Cuando marchó sin brújula ni tino,

perdiendo de mis alas el albor,

en tantos barrizales del camino,

soy yo el culpable, solamente yo.

Cuando miro al que sufre como hermano;

cuando elevo mi espíritu al azul,

cuando me acuerdo de que soy cristiano,

eres tú quien me inspira, sólo tú.

Pobres a quienes haya socorrido,

almas oscuras a las que di luz:

¡no me lo agradezcáis, que yo no he sido!

Fuiste tú, muerta mía, fuiste tú...

Abril de 1915

X

Benedicto

No sé a dónde lleve la marea

de la muerte tu ser, pero yo exclamo,

con el inmenso amor con que te amo:

«¡Dondequiera que esté, bendita sea!».

Octubre de 1917

XI

No lo sé

Crepitan ya las velas en la ría;

tú ¿por qué no te embarcas, alma mía?

Porque Dios no lo quiere todavía.

-Mira: piadosamente las estrellas

nos envían sus trémulas centellas...

-¡Bien quisiera vestirme toda de ellas!

-Tu amiga, la más tierna, ya se fue.

Los que te aman se van tras ella; ¿qué

vas a hacer tú tan sola?

-No lo sé.

Enero 28 de 1918

XII

El celaje

¿Adónde fuiste, Amor, adonde fuiste?

Se extinguió del poniente el manso fuego,

y tú, que me decías «hasta luego;

volveré por la noche»... ¡no volviste!

¿En qué zarzas tu pie divino heriste?

¿Qué muro cruel te ensordeció a mi ruego?

¿Qué nieve supo congelar tu apego

y a tu memoria hurtar mi imagen triste?

...Amor, ¡ya no vendrás! En vano, animoso,

de mi balcón atalayando vivo

el campo verde y el confín brumoso;

y me finge un celaje fugitivo

nave de luz en que, al final reposo,

va tu dulce fantasma pensativo.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario